

NOSOTROS



REVISTA MENSUAL ANARQUISTA

IV

No deseo llevar la convicción, sino despertar la duda; me complace que vuestro intelecto siga funcionando después del mío, aunque sea contra el mío.

BARRETT

ENERO 1938

VALENCIA (España)

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS EDICIONES

EL UNICO Y SU PROPIEDAD, de Max Stirner 12 pesetas

CARTELES, de Rodolfo González Pacheco . . 8 pesetas

ESCUCHA, CAMPESINO, de Juan de Iniesta . 1 peseta

EN PRENSA

ARTE DE ESCRIBIR SIN ARTE, y LA UNIVERSIDAD POPULAR,
de Felipe Aláiz, y LA ESCUELA Y EL NINO, de Miguel
Giménez Igualada.

Descuentos a corresponsales y paqueteros.

PEDIDOS

EDITORIAL **NOSÓTROS**

AVENIDA BLASCO IBAÑEZ, 4, PRINCIPAL]
VALENCIA (España)

Ayuntamiento de Madrid

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL ANARQUISTA

Año I

N.º 4

Sumario

Insensatez.
Posición firme y actitud clara.
Clase, superclase y subclase.
El derecho a la libre experimentación.
Hacia una revolución integral sin violencia.
Anarquismo y política.
Irreverencias: El culto a los muertos. — Ante el juez.
— Federalismo.
Individualismo: Anarquismo egoísta.
Los pies descalzos.
La soberanía individual.
Stirner y su obra.
Teatro de la Revolución.
Correo nuestro: Administrativas.

Suscripción:

6 pesetas semestre
12 » año

Dirección:

Avda. Blasco Ibáñez, 4 pral.
Teléfonos: 10894 y 11715

VALENCIA, 1.º Enero 1938.

Ayuntamiento de Madrid

Insensatez

¿No queréis al hombre? ¿Odiáis al individuo? ¿Por qué, entonces, habláis de humanidad? ¿Cómo, locos o estúpidos, deseáis formar un conjunto sin unidades de valor?

Valdrá la humanidad—tenedlo por seguro—, lo que valgan los hombres que la integren—los hombres he dicho—, y si no hay valores en las individualidades, la suma de no-hombres—que eso deseáis que sea la especie—, será igual a un informe caos en donde se muerdan y despedacen los que por vuestra culpa, amos, obran a impulsos de sus instintos de fiera porque no les permitisteis que la razón alumbrase sus cerebros.

Tened cuidado. En vuestro mundo, al que llamáis social los que queréis ser amos, hay vértigos, desgarramientos, locuras, concupiscencias, choques, guerras, ferocidades: dolores; muchos dolores. Y lágrimas; muchas lágrimas.

¡Tened cuidado, insensatos! Vuestros no-hombres, fieras de la especie humana, no saben más que morder. Y os despedazarán.

Posición firme y actitud clara

Hay un hecho claro, señero, en esta contienda nuestra: los fascistas, no contentos con poseer en España jerarquías y riquezas—y eso les daba el Poder—querían más: que los hombres de esta tierra dejáramos de ser hombres para pasar a ser siervos; siervos de ellos. De ahí su levantamiento, que era intención de amarrarnos, como a esclavos, al banco de sus galeras. De ahí, también, nuestro alzamiento, que fué intención de ser libres contra dios y contra el diablo, representado el primero en el señorito chulo, fanfarrón y analfabeto, y personificado el último en el cura carlista y facineroso.

Y esto es claro. Claro y cierto. De un lado: Provocación. Del otro lado: Defensa.

Y no propagamos, no, la guerra, por ser guerreros, que sería, al hacer oficio de ella, tanto como ser fascistas; propagamos, más que guerra, que es y será siempre crimen, sacrosantas rebeldías que redimen a los hombres, al lanzarlos, cual desatado huracán, contra todo—dioses, religiones u hombres—lo que quiera esclavizarlos.

Y eso es todo.

Ni posturas filosóficas que desconyuntan la vida, ni mixturas religiosas que hablan del amor al Cristo, ni sofismas "anarquís-

tas" que cantan paz y sosiego cuando nos queman la casa, nos pisotean la madre o nos destrozan al hijo, nos sirven para estos casos, ya que a la provocación y deseo de oprimirnos debe oponerse el coraje que nace del corazón y del ansia de ser libres.

Y es clara nuestra actitud. Clara y limpia. Clara y justa. Y, por sobre todas las cosas, anarquista. Ya que somos anarquistas, que vale tanto como hombres, y no mandrias que se dejan esclavizar.

¿Qué hace una madre que es madre, cuando, sicario o verdugo, quieren robarle a su hijo? ¿Besar al ladrón, o hundirle sus uñas, que son puñales, en el propio corazón para librar de las fieras al hijo de sus entrañas? ¿Y qué hace un hombre que es hombre, cuando otro, provocador e insolente, quiere uncirlo, como a bestia, para que tire del carro en donde él, amo y señor, quiere marchar caballero? ¿Aguantarse? ¿Dejar que le unzan? ¿O saltar, como un león, al cuello del vil que quiere someterlo a esclavitud? Contesten los que me escriben felicitando a NOSOTROS, revisita, y a mí, su padre, por no tratar en sus páginas nada que atañe a la guerra.

Si hablamos constantemente de amor, sépanlo todos, es por pintar cuadros bellos en que se extasien los ojos que no ven más que negruras, y dolores, y miserias, y tormentos. No es, no, por estar alegres; que, a veces, al escribir, nos secamos una lágrima que nos arrancó una madre mutilada, o una criatura ciega, o aplacamos un rugido que se nos sale del pecho al presenciar tanta ruina y tanto llanto, o, apretamos, deshaciéndolo, un hipo en nuestra garganta para cantar, rodeados de dolor, al amor sano y fecundo.

¡La guerra! ¡La guerra! No hablamos de ella aquí, lugar de meditación serena, por no aumentar el dolor en el mundo ni el odio en los corazones. Pero todo, todo lo que aquí se estampa, va escrito contra el fascismo, que es miseria y cobardía, y cuando hablamos de amores a las mozas o a las madres, lo hacemos con la intención de estremecerlas al pensar en el novio o en el hijo que no acarician ni besan, porque los llevó la guerra que el fascismo provocó. Y enjugamos una lágrima después de dar un bramido; y tendemos nuestros brazos como alas que cobijasen a los viejos y a los niños que quedaron sin amores en el mundo; y nos erguimos con fe, serenos y altivos, dando calor al valiente y

valor al oprimido; y volvemos a cantar, después de mirar al mundo, nuestra más bella canción de amores y de alegrías, y... cuanto hacemos y decimos, que es siembra de rebeldías que levantan a los hombres, es guerra contra el fascismo.

Y esto es todo. De un lado: Provocación. Del otro lado: Defensa. Y como espumita blanca, cresta de nuestra ilusión, penacho de nuestra vida, una ansia, una ansia loca y eterna de ser libres.

Esta es nuestra posición. Esta es nuestra actitud. Firme, con la firmeza de la roca que hunde su pie en la entraña de la tierra, la una; clara, como agua manantial que baja por la ladera a refrescar a las plantas cuyas raicecillas baña, la otra.

Sépalo quien nos escribe.

IGUALADA



Clase, superclase y subclase

La cuestión de las clases está convirtiendo la dialéctica social en un círculo cerrado. Mucho más cerrado ahora, cuando la guerra civil española no es una guerra específicamente anticapitalista, sino política. De un lado pelean proletarios y burgueses y de otro lado lo mismo. De un lado, el antifascista proletario dispara su ametralladora contra el fascista, proletario o no. Podrá decirse que el proletario fascista no es propiamente proletario. Bien. Pero hay que reconocer que el burgués antifascista es burgués, y que no sólo subsiste por encima de la política de clases, sino que ha hecho derivar esta política de clases en guerra política prescindiendo de las clases.

La clase es un estado transitorio, no necesariamente permanente. Es una situación pasajera, no una posición fija. Es un momento superable, no estancado indefinidamente. Pero lo que ha destruido por completo el concepto típico de clase, lo que ha derrotado su significación, ha sido la bifurcación de la clase propiamente dicha en subclase y superclase.

El ejemplo lo tenemos en Rusia. A las próximas elecciones generales hay presentadas candidaturas que podríamos llamar oficiales. ¿Sabéis qué actividad es la que ostentan casi todos los candidatos? El stajanovismo, o sea el trabajo de extraordinario rendimiento a destajo. Tenemos, pues, que el trabajador stajanovista se convertirá en diputado. Oficialmente un diputado soviético pertenece a la clase proletaria, pero esto es convencional. El diputado es diputado. De hecho pertenece a la superclase burocrática del llamado proletariado y gana más sin trabajar que muchos burgueses. A la misma superclase pertenecen también los embajadores soviéticos y en gene-

ral los políticos obreristas de todo el mundo, que se afirman muy clasistas, pero que en realidad están situados en la superclase, fuera incluso de lo que teóricamente llama "clase" un socialista político, puesto que si figuran en un núcleo sindical, está el núcleo sindical mediatizado por un partido y no por una clase. Si el partido representa la insuficiencia de la clase y el partido es insuficiente también, ¿qué podemos pensar del partido y de la clase?

¿Y qué podremos pensar de los clasistas acérrimos que se sitúan en la superclase? ¿Qué podremos pensar de la subclase? ¿Qué es la subclase? La subclase no sólo es el peonaje. El colonismo creó las reclutas de moros, negros y amarillos para servir como grupos de choque, junto con blancos degenerados, en las conquistas territoriales, en los protectorados, y en ocasiones como la actual guerra civil de España. Toda esa gente, ¿qué hará sino trabajar bestialmente cuando deje el fusil? ¿Y no será, trabajando, una subclase? En Bolivia y en otros países existe la esclavitud, como en Oriente, empezando por el próximo, a lo largo del Danubio, en muchos territorios balcánicos. En grandes extensiones todavía dominadas por la ley feudal, ¿qué trabajo se hace? Los japoneses pueden inundar el mercado europeo con millones de bicicletas a diez o doce pesetas, porque el trabajo es servil y esclavo en el Japón. En las lejanas tierras de Carolina del Sur se cultiva el algodón por un procedimiento de servidumbre, y la relativa baratura de aquel producto equivale a la muerte lenta de millones y millones de esclavos.

Estos mismos esclavos existen en las minas inglesas de carbón, en las industrias mundiales del fuego, en las explotaciones de caucho y petróleo, en los ingenios y plantaciones del trópico, en los montes mejicanos, en las llamadas colonias penales, en los vientres de los barcos, entre la jarcia de los navíos pesqueros. Los hombres que obtienen mineral, mientras van convirtiéndose en mineral, son unos esclavos de los burgueses y de los proletarios que viven algo bien a caballo en la "clase". No sólo hay clase, sino que hay también subclase sin solidaridad alguna, sin relación esta última con la clase, a pesar de la media docena de Internacionales que existen. Todo en la subclase es negra esclavitud, auténtica esclavitud. Es más difícil aún hoy para un trabajador brasileño encerrado en una *fazenda* evadirse de ésta, que evadirse de presidio. En Alemania, la bota hitleriana procede del obrerismo de clase. En Italia, la bota de Mussolini procede del obrerismo de clase. En España, los aspirantes a ejercer la dictadura, del obrerismo proceden. ¿Y cómo piensan que su "clase" es la clase de un minero, de un fundidor, la misma de un ministro, de un embajador, la de los coolíes amarillos, la de los intocables indostánicos?

Es una monstruosidad que el trabajo represente hoy, ni más ni menos, que la esclavitud en las tres cuartas partes del mundo, y que donde las condiciones del trabajo son relativamente llevaderas o francamente aceptables haya una superclase que se evade de la clase y una subclase dedicada a faenas serviles; pero no haya lo que propiamente se llama clase. ¿Y cómo fundar en este movedizo terreno de la clase nada menos que un principio fijo, una política totalitaria, un partido gubernamental, una teoría inmovible y hasta un dogma?

La "clase" es la esclavitud. Si en Europa y América hay pequeños territorios cuya "clase" proletaria vive con cierta prosperidad, se debe a la explotación de la subclase colonial, que nos da sin retribución decorosa el petróleo, la lana, el algodón, los metales industriales, el carbón y el caucho.

Resulta sumamente fácil hablar de clases delimitadas, cuadrículadas. Hasta el traficante y el especulador de abarrotes, el comerciante de comestibles, es hoy "clase" en España, y "clase revolucionaria", por añadidura, al tener credencial de un sindicato. ¿Qué manía es ésa de dar beligerancia de "clase" a un comerciante? Esto no ha sido posible hasta que hemos llegado a la grotesca conclusión de contar con diplomáticos proletarios. Si un diplomático es "clase obrera", ¿por qué no ha de serlo un mercader?

La clase que se cree evolucionada y avanzada y es incapaz de actuar contra la esclavitud en que están las tres cuartas partes de los trabajadores del mundo, no es una clase ni nada. Sus avances, tan ilusorios a veces, los debe más a la máquina que a otra cosa, ya que en ciertas zonas del mundo no sólo multiplican las máquinas la producción, sino que multiplican también la disponibilidad de tiempo libre, que por excepción se emplea bien y por regla general no se emplea en trabajos de aliento elevado, pero que da una impresión de prosperidad y de gasto sobrante de energías y dinero.

El burgués no lo es por ser rico, puesto que hay burgueses arruinados. El burgués es burgués por su mentalidad, favorable al provecho metálico acumulativo. La pluralidad de sueldos dentro de una organización familiar de tipo obrero constituye a veces una acumulación capitalista incesante de valor metálico y una prueba negativa que adopta la forma típicamente burguesa de la acumulación por ahorro de gastos necesarios o vacante de necesidades elevadas, cosa ésta también burguesa en extremo.

La clase es un laberinto. Su afán totalitario hace recordar el punto de vista gremial en la Edad Media, cuando para ser Dante ciudadano florentino tuvo que inscribirse en el gremio de boticarios. Un comerciante no puede estar en la clase proletaria. Un intermediario, tampoco. ¿Y los constructores de armas? ¿Qué galimatías armaríamos ahora si no los inscribié-

ramos en la clase proletaria de España? Y, sin embargo, hace dos años, había proletarios en España que no se consideraban compañeros de un fundidor de cañones.

Tenemos colectividades ricas y colectividades pobres. Hay colectivistas ricos que en vez de ayudar a los colectivistas pobres, cobran dividiendo en metálico de lo sobrante que recaudan en su industria, además de tener el correspondiente salario aumentado. Hay colectividades que especulan con la oferta y la demanda. Hay colectividades, en cambio, que rechazan la moneda, y éstas son colectividades espontáneas para las que los decretos son letra muerta. ¿Es posible que todas estas colectividades estén en la misma "clase proletaria"? Hay quien trabaja semanas de dos días y quien trabaja semana completa. ¿Qué clase es la "clase proletaria" cobrando igual ambos trabajadores?

El estudio de la economía que tantos llaman nueva y que sólo lo es excepcionalmente en algún rincón de mundo hecho ya de antiguo a vivir sin parásitos y sin intermediarios, nos proporciona muchas sorpresas. Pero ninguna como la persistencia de la clase, cada vez más teóricamente literaria y menos prácticamente proletaria. Y otra sorpresa tremenda es la falta de voluntad de los proletarios para llevar a cabo la organización del salario familiar, mil quinientas veces acordado, pero que lesiona la economía profundamente capitalista de los coleccionistas de sueldos. Y la retribución por necesidades hubiera sido más eficaz que cien mil cañones para hacer la revolución. Esta quedará deshecha por los coleccionistas de sueldos.

FELIPE ALAIZ



CONSIDERACIONES

El derecho a la libre experimentación

Sabido es que cuando las ideas llegan a cristalizar en una concepción mística, representada por la fe ciega, por la creencia, saturada de ingenuidad, en torno a su esencia y finalidad, pierden su contenido medular y, endeble, no pueden resistir el análisis, por elemental que éste sea. Tal ocurre con la idea de progreso.

En torno al progreso—que escriben con mayúscula quienes con ello le asignan una mayor potestad—se han ido hilvanando toda suerte de concepciones con marchamo idealista. Por un cauce de franco optimismo se ha procurado encaminar el progreso, dándole una personalidad augusta y cifrando en él toda suerte de esperanzas. Y de ahí que se haya creado esa concepción mística, ese fondo de religiosidad que ha hecho poner una venda a la mirada de no pocos que creyeron o creen, en su fuero interno, en la efectividad de lo que en su mente nutren con entrañable anhelo.

Para muchos, la existencia sigue un curso ascendente, una constante superación, un latente progresar. Y en el progreso incesante tienen puestas sus esperanzas. Para ellos el mundo marcha siguiendo a modo de una prefijada ruta, que tiene por norte el progreso.

Si examinamos la realidad con un criterio objetivo, con la serenidad del que no antepone las ensoñaciones, por bellas que sean, a los hechos comprobados y comprobables, veremos como esta "aureola mística" que envuelve al progreso se disipa cual frágil neblina ante los rayos del sol naciente. Y podemos comprobarlo si examinamos en su aspecto global el conjunto de factores que constituyen el vivir social y que van engarzando los

eslabones de la Historia; lo observaremos, si examinamos en los individuos el contenido psicológico de su conciencia, y hasta en el orden biológico ha quedado bien demostrado el error consistente en suponer que la existencia física de los seres está regida por una evolución progresiva sin que dé lugar a los efectos de regresión.

Hace unos cuantos lustros, reuniéronse en La Haya, la plácida capital holandesa, las representaciones de todos los Estados del mundo; tras de detenidas consideraciones llegaron a hermanar un ideal común: el deseo de estabilizar la paz, el anhelo de terminar para siempre con la barbarie que diezma a los pueblos. Acordaron que cesara la nefasta epidemia de las guerras. Plumas preclaras, vates insignes, entonaron loas al progreso, tejieron una bella guirnalda a la fraternidad humana... Y unos años después los Siete Jinetes del Apocalipsis cabalgaban, en furia bestial, por la vieja Europa. Han pasado más años y de nuevo una terrible guerra, de inusitadas proporciones, se vislumbra en lontananza. He ahí cómo a través de la Historia fracasa el concepto del progreso.

Acogiéndose a las teorías de Darwin y de Spencer, se han escrito opúsculos y más opúsculos en torno a la importancia de la evolución. Y no solamente se ha glosado esta supuesta superación en el orden físico, sino que inclusive ha habido quienes se han empeñado en generalizarla en el orden intelectual, queriendo incluso dar la sensación de que forzosamente el hombre inteligente ha de tener hijos con predisposición a superarle. A este respecto recuerdo una anécdota, leída a un biógrafo de Mozart, relativa al hijo del insigne compositor. Ejerciendo de banquero, muerto ya su padre, con residencia en Londres, fué un célebre crítico de arte a visitarle. Y suponiendo en el hijo refinadas cualidades artísticas, legadas por el padre, preguntóle al vástago de Mozart cuál era la música que prefería. Entonces el banquero, tomando un puñado de monedas, las hizo sonar sobre la mesa de su suntuoso despacho, al tiempo que decía al crítico ser ésta la música que él prefería. Como muchos otros ejemplos que podríanse citar, prueba que la ley de herencia en el ser humano no sigue en el orden intelectual una espiral ascendente, como a veces se ha supuesto por parte de algunos.

En cuanto al aspecto moral, a lo que concierne a la conciencia de los individuos, diariamente observamos en nuestra vida de relación cómo elementos a quienes tuvimos en estima por considerarles poseedores de una irreprochable nobleza de sentimientos, dignos y honrados, descienden, cuando menos nos lo imaginamos, a un terreno abyecto, que ellos mismos, en su día, combatieron, adjetivándolo de pernicioso.

¿Qué podemos sacar en consecuencia de todo lo expuesto en torno a la

idea que no pocos tienen formada en lo que concierne al progreso? Sencillamente, la relatividad del mismo, el error que supone anidar en la conciencia ideas cerradas al libre examen, a la confrontación razonada; lo absurdo de todo misticismo, aun el que adopta un color vanguardista.

¿Supone pesimismo el dejar de creer en esta ilusión que algunos se han forjado al respecto del progreso? Estimo que no hay tal pesimismo. Pesimista será, en todo caso, aquél que, acogotado por las deducciones que saca de la experiencia, se siente amargado, rehuye la lucha y, escéptico impenitente, llega a dudar de todo y de todos, dejándose mecer por la abulia, por el quietismo castrador. Este quizá pueda ser tildado de pesimista, pero no el que, a pesar de todo, brega por abrirse camino en pos de vivir su vida, ansioso de libertad.

Ahora que en el orden de las actividades sociales asoman concepciones idealistas con pretensiones redentoristas, importa para nosotros, anarquistas individualistas, poner de relieve las falacias que con el señuelo del progreso se pretende hacernos asimilar. Hoy como ayer, con las más rutilantes frases se busca ocultar el afán autoritario que late en la entraña de lo que se quiere servirnos como panacea infalible para adquirir el bienestar.

Y cuando nos encontramos en el umbral de un nuevo régimen de convivencia social, existe para nosotros una reivindicación a llevar a cabo, sean unos u otros los que, vencido el fascismo, preponderen en las directrices de la nación, en el supuesto, como es de desear, que el fascismo sea desarraigado de nuestro país. Esta reivindicación estimo que puede ser el *derecho a la libre experimentación*.

Sea cualquiera el que se instaure: régimen republicano, socialista, comunista, sindicalista, republicano federal o bien comunista libertario, el individuo sólo con otros afines en la concepción de las ideas debe tener libertad para llevar a cabo aquellas modalidades de vida que mejor se adapten a su modo de ser. Siempre y cuando el individuo no se inmiscuya en aquello que otro tiene a bien llevar a cabo; siempre y cuando no se intente violentar el modo de ser de otro, al individuo, en buena lógica, no se le deben poner trabas, no se debe poner veto a su actividad. Solos o en asociaciones de afines, los anarquistas individualistas tenemos un perfecto derecho a realizar cuantas experimentaciones en el orden económico o moral tengamos a bien poner en práctica. Y esto me interesa remacarlo para que no lo echen en olvido aquellos camaradas comunistas libertarios que, a veces, con un exceso de celo, consideran que sólo ellos pueden regular la convivencia de los demás.

Importa reivindicar el derecho a la libre experimentación (más que en-

tre los partidarios de regímenes como son el republicano, el socialista y el comunista, que sabemos resultan esencialmente autoritarios y que no es verosímil respeten nuestra manera de ser, por lo cual, mañana como hoy, nos han de poner trabas, por cuyo motivo tendremos que enfrentarnos con ellos) entre los camaradas de idealidad comunista libertaria. Afortunadamente, late en la conciencia de algunos de estos camaradas un criterio abierto a la comprensión. Saben que se puede ser anarquista y actuar como tal sin que precisamente haya que encauzar las actividades en un sentido determinado al optado por otros camaradas. No tienen de las ideas un criterio uniforme, único; no hacen de ellas un "coto cerrado", como diría Mella. Con estos camaradas ocurre lo contrario que con aquellos de una mentalidad tan estrecha que no pueden concebir que se llegue a ser anarquista sin andar por el sendero que ellos han adoptado.

Lo peor que puede hacer un libertario es negar la personalidad a otro que también es libertario; poner trabas a su desenvolvimiento; usar para con él la difamación, el desprestigio. Esto, llámese como se quiera, es sectarismo puro, autoritarismo disfrazado.

En las ciudades y en las comarcas rurales de la España liberada al fascismo se han llevado a efecto muchos ensayos patrocinados por los camaradas libertarios militantes en los Sindicatos o de los Grupos de afinidad. Y bien: coexistiendo con estos ensayos, siempre respetables, ¿acaso no han de poder llevarse a efecto aquellos otros que dimanen de camaradas anarquistas individualistas? Es de esperar que así sea; de lo contrario, quienes a ello se opongan no hay duda que demostrarán ser poseedores de una mentalidad semejante a la que caracteriza a quienes unos y otros combatimos: a los fascistas.

FONTAURA

Hacia una revolución integral sin violencia

Ha aparecido una nueva táctica de propósitos revolucionarios para los verdaderos aspirantes a la transformación social, y si bien el método se remonta hasta el cínico Diógenes, no deja de ser de actualidad al establecer concretamente la premisa de que *el problema del mundo es el problema del individuo*. Así se termina con las escapatorias de la dialéctica y cada uno debe cargar con la responsabilidad que le incumbe en el sostenimiento de las atrocidades de un régimen social que, en su evidente decadencia, está aniquilando las más preciadas fuerzas de la juventud física y las no menos jóvenes energías de la inteligencia, que reconoce como norma la libertad y dignidad del ser humano. Nos hallamos ante una inducción para hacer examen de conciencia y reconocer nuestros propios yerros, estableciendo la sinceridad como revolucionarios eficaces y el influjo que el ejemplo individual puede tener en la extensión de la verdad biológica, la cual es federalista, desde el cosmos, pasando por los planetas, hasta llegar a nuestra madre tierra, que también, en su evolución, muestra ese principio federalista.

Error catastrófico es el centralismo, el absolutismo totalitario que pretende lo absurdo: ir de lo complejo a lo simple, hacer que todas las energías sociales converjan a un sistema dictatorial, el cual desmiente en la práctica la esencia de la vida de relación, que es crecimiento de adentro hacia afuera, solidaridad biocósmica y social. Por este principio científico, la astuta vanidad del despotismo no prosperará, puesto que alimenta en su seno corrompido la misma fuerza que lo aniquilará. Vesania de gigantes

egocentristas es querer desviar el cauce natural de la cooperación para el bienestar social. Insignificancia de pigmeos, al pretender ser los conductores de la evolución; no obstante, su frenético egoísmo, con la complicidad de las masas que los endiosan, producen las catástrofes espantosas y avizoran siempre más inauditas hecatombes próximas.

Los revolucionarios de erudición estéril y de florido verbalismo ya no tienen excusas. Los hechos son más elocuentes que las palabras, y al mostrarnos "Los engranajes del medio ambiente y las guerras" (1) su tesis sociológica y revolucionaria, de orientación y tácticas, nos enseña cómo se provoca una revolución mundial, íntegra. Decisivo dilema: o se está con la violencia, que no produce sino malos éxitos y jamás compensa el holocausto de sus infinitas víctimas, o se evade uno del detestable engranaje para convertirse en una energía fecunda e indestructible y laborar con el máximo de inteligencia a la destrucción metódica del monstruo autoritario, preparando, por la necesidad común de la especie, la convivencia libre a que tiene derecho el género humano, cuando se haya limpiado de los intereses antagónicos de cualquier orden, que lo dividen en clases, castas, sectas, jerarquías y violencias, en que culminan todas las apetencias de la barbarie social.

Este libro es de autor anónimo, desinteresado, quien valerosamente se pone a tono con la verdad una y eterna, de esencia cósmica, para llegar a las extremas consecuencias de su tesis vital, que es como decir antidogmática, ácrata, científica y evolucionista. Artesano en el trabajo y en la exposición ideológica, sin pretensiones de maestro y menos de profeta, con espíritu sagaz, como la abeja, que liba el néctar de todas las flores para hacer su miel, él también se ha posado, con su aguijón crítico, en todas las doctrinas, para extraer de cada una el fragmento de verdad que pueda contener y presentar la sabia síntesis de su ardiente amor y de su profundo razonar, que es una bella concepción libertaria, en pugna invulnerable contra la esclavitud del conglomerado social, en el que penetran de grado o por fuerza hasta los más avisados, y eso haciendo gala de discernimiento, pero remachando inconscientemente las cadenas que dicen detestar.

El autor de esta crítica penetrante contra los simuladores, engreídos sólo con palabras y muecas, empieza por desnudarse para mostrar las cicatrices de sus antiguas llagas: vicios, vanidades, falsas necesidades, producto permanente del egoísmo social e individual. Con sus conocimientos concre-

(1) Desearíamos nos fuese enviado el libro para editarlo, si lo creyésemos oportuno.

tos y su amor fraterno nos obliga a penetrar en el círculo en el que nos acorrala con tendencia pedagógica, no para humillarnos, sino para invitarnos a curarnos, desnudando no ya las cicatrices, sino las llagas que nos corroen debajo de la acomodaticia elegancia con que malamente las cubrimos. Su hedor las denuncia, y aunque éste pase inadvertido para las mentes embotadas en el desconcierto social, se revela fácilmente a los que aceptan y practican la armonía entre el pensamiento y la acción. Los que, comprendiendo, quieren regenerarse, hallarán fácilmente la salida de su cerril y errado egoísmo. Sólo la sinceridad los salvará, porque después que se hayan sometido a la prueba y hayan justipreciado sus propias posibilidades, encontrarán su verdadero camino, que es el único que desemboca eficazmente en la revolución integral.

Cerrando la puerta a las fantasías con que cada uno disculpa sus actos cuando no están de acuerdo con las palabras, nos enfrentamos sin vacilaciones con la vida y aceptamos sin cobardía una actitud revolucionaria, más que teórica activa en todo momento y circunstancia.

Por su modo de vivir se conoce el valor humano del ente social, su influencia refractaria a la corrupción de la mediocridad y su proyección sobre la acción inteligente y transformadora de la sociedad de amos y esclavos, en la que se da el contrasentido de que los mismos que se envanecen de ser *amos*, son también esclavos... y de la peor especie, porque no les incita el deseo de liberación.

La conciencia depurada y ennoblecida nos pregunta, con su invocación a la existencia digna:

¿Qué haces tú, intelectual o ignorante, burgués u obrero, mendigo o potentado, para transformar el sistema social del que te quejas?... Según el grado de comprensión que hayas adquirido, así te expresarás ante los conflictos que tiene tu ciego egoísmo con el engranaje social de que formas parte. Pero las apelaciones de tu inteligencia, si alguna tienes para el bien común, pronto las adormecerá tu falso interés y dejarás que todo siga fatalmente su curso forzado... Te abandonarás a la corriente y ella te arrastrará hacia el abismo.

Y tú, que te calificas de revolucionario y obedeces a una consigna, a una tendencia, a un credo, para hacer la felicidad de tu patria, de tu raza, de tu ideología, o de la humanidad, ¿qué medios pones a contribución para lograr algo de lo que deseas?... Nada más que palabras y desplantes de mal comediante.

Por último, tú, que te proclamas consciente en toda la línea vital, que dices haber llegado al extremo de todos los falsos ideales para alcanzar la

cima de la revolución social en el mundo, ¿en qué te diferencias de todos los demás seguidores de los malos pastores del rebaño que se llama *humano*?...

¡Atrás, farsantes, si sois incapaces de hacer la revolución en vuestra propia existencia, antes de gritarla, como energúmenos, a los cuatro vientos! Vuestro modo de vivir os denuncia como instrumentos favorables al sistema que queréis destruir... cuando llegue la revolución que gestáis en las nubes. Os llamáis soldados de la causa social y trabajáis inconscientemente como bestias de yugo para producir todo lo que envenena y mata al hombre. Queréis embellecer la vida y no hacéis más que enturbiarla con los vicios personales de vuestro automatismo.

Pero volvamos al tono personal y directo, para que la responsabilidad no se diluya al pluralizarla. Hablemos de tú:

Fumas, bebes... y no agua, consumes lo perjudicial y lo superfluo, sin pensar un solo instante en las rentas que tu inconsciencia produce al Estado, que tú sostienes para tu explotación y tu muerte prematura y violenta. Te quieres vanagloriar de ser razonable y equilibrado y al mismo tiempo te entregas a la gula, a la lujuria y a la vanidad y a todas las *virtudes sociales*. Dices odiar al burgués y no haces más que imitarlo en todo, siguiendo la moda que él te impone. Te horroriza la guerra y eres colérico y violento y te envaneces cuando manejas un arma. Quieres aniquilar al enemigo externo, sin percatarte que tu peor enemigo lo alimentas en tu propio pecho. Proclamas la bancarrota del capitalismo, que es el armatoste bien cimentado de la máquina social del Estado, y no dudas en trabajar con los Bancos, para que te guarden tu tesoro, faciliten la circulación de tu negocio, te regalen un interés y te dejen llamarte re-vo-lu-cio-na-rio. Ningún Banco pregunta a sus clientes si tienen ideas subversivas... Demasiado saben que el capitalista, el comerciante, el industrial y el proletario y sus comparsas parasitarias, que cooperan con las finanzas, nacionales en la forma e internacionales en el fondo, son elementos que hacen circular la riqueza y, por tanto, ningún peligro existe en que tengan el infantil capricho de colocarse una etiqueta más o menos reformadora o revolucionaria. El infeliz obrero, que puede llevar algunas economías a la Caja de Ahorros, puede ser también hasta anarquista verbal, mientras no promueva demasiado escándalo... Al fin y al cabo, todos los que dan viento al dinero, negociándolo en los Bancos o gastándolo *alegremente*, con toda la imprevisión y estupidez del vulgo consumidor, contribuyen a que engorde el monstruo que les aplastará en forma de fantásticos armamentos *nacionales*, los cuales forzosamente desencadenarán las próximas guerras o revoluciones.

No tenemos mucha confianza en la extensión que alcance la tesis de este libro. Todos los entes sociales se hallan muy apegados a sus rutinas, vicios y ambiciones, y la inmensa mayoría es incapaz de sacrificar su ficticia comodidad para comenzar en seguida su revolución interior, la cual es mucho más difícil de ser lograda que la revolución externa por la violencia. Para ésta sólo es necesario estar en la línea de la consigna y tener el armamento adecuado a la mayor destrucción; pero para emprender la reforma individual hay que demostrar vida sobria guiada por una inteligencia y una conciencia que se armonizan siempre en su actuación social. A este sacrificio, que no es tal, porque es iluminación, se deben los revolucionarios sinceros, los que se hallan incómodos con las comodidades sociales y han adquirido bastante estoicismo para despreciar naturalmente los falsos placeres, los goces viciosos y las ficticias necesidades... Mucho pedir es esto, aunque la razón serena lo dicte, y es de temer que sólo unos pocos *solitarios* acepten la única tesis revolucionaria eficaz que sostiene el autor.

De cualquier modo que el lector acepte o discuta las proposiciones de este libro, es evidente que su tesis constituye una clave para conocernos a nosotros mismos y a nuestros *afines*. Adquirimos un medio seguro de selección para distinguir en qué medida el individuo es engranaje social y no conciencia universal. Seremos menos pródigos en los calificativos de amigo (y camarada cuando miremos más a los actos vitales y conscientes que a los artificios con que la cobardía del hombre disimula arteramente su real personalidad. Entonces podremos decir a muchos: "Ni amigo ni camarada; conocido y... gracias".

Los pocos espíritus que sean capaces de asimilar las enseñanzas expuestas y lleguen, sobre todo, a practicarlas, habrán conseguido, y no es poco, ponerse en paz con su propia conciencia.

COSTA ISCAR

Buenos Aires, octubre 1937.

MARIDAJES IMPOSIBLES

Anarquismo y política

Con la raíz griega *polis*, ciudad, se compone la palabra política.

La ciudad griega constituía el Estado, ya que fuera de su recinto no vivían más que escasas tribus, casi siempre sometidas a la *polis*. El Estado (del sánscrito *stha*, ser de un modo) complementa a la ciudad, es su esencia, su emanación, fundiéndose en una las dos ideas y, por consiguiente, confundiéndose a menudo. Cuando se dice ciudad, como contraposición a campo, se expresa al propio tiempo la idea de ser de una determinada manera, vivir de un modo, conducirse, estar y relacionarse sus habitantes con arreglo a un plan preestablecido. Así, mientras la *polis* indica limitación, que es siempre empujamiento, el campo expresa extensión, amplitud, tierra y ambiciones y vidas ilimitadas.

En el campo, que es lo ilimitado, no cabe el reglamento; como imposición caprichosa y arbitraria se lo da la *polis*, y el *stha* lugareño obliga al que vive más allá de los muros ciudadanos a sujetar el ritmo de su vida libre a lo que ha de ser con el tiempo un código.

¿Quiénes son estos primeros legisladores que hablan en nombre de la *polis* y forman el Estado para obligar a sus conciudadanos a que vivan como a ellos se les ocurre? Los políticos, los que llamándose "armonizadores" de la *polis*, se transforman en dominadores de la ciudad y, por consiguiente, en dominadores de los hombres de la ciudad, los que, ya sujetos o domesticados, llevan a su vez la domesticación al campo. Conforme avanza el imperio de la *polis*, avanza el imperio del Estado, su esencia, y muere la tranquilidad y crece el dolor.

Indudablemente que los hombres de la *polis* no se someten voluntariamente y estalla la guerra que capitanean los políticos en la ciudad, viniendo, tras la rendición de aquéllos, la obligación impuesta de vivir con arreglo a las normas que les traza el *stha*. Así nacen los primeros códigos, y así, por el sometimiento, nace la primera legalidad. Es legal, es decir, leal, el que voluntariamente acepta "ser del modo" que le conviene al Estado; es ilegal (los incontrolados no han nacido ahora) el que sufre enormemen-

te cuando se le quiere obligar a que acepte la "línea" trazada por otros u otros políticos y desobedece el mandato.

Cuanto más abundan los rebeldes al sometimiento, más artículos se agregan a los códigos, más jueces con órdenes más severas se nombran, más crece la coacción contra los habitantes de la *polis* y contra los catalogados de ilegales que viven fuera de sus límites. Los *politikós* (hablaremos en griego) trazan inexorablemente, por encima de los hombres, la línea moral, más allá de la cual no se puede pasar sin peligro. El código, que había sido hasta entonces el conjunto de órdenes severas impuestas a la polis, se transforma, sin dulcificarse, en la línea de la conducta, línea moral (modo de ser) que el Estado, por intermedio de los políticos, dicta a los hombres. Sin esta línea, o mejor, sin someterse "voluntariamente" a seguir esta línea, la *polis* no puede ser una; por lo tanto, el *stha* (ser de un modo) no puede verificarse y los políticos no pueden hablar en nombre de la *polis*, ya que no representan a lo heterogéneo, sino a la unidad: en la religión, en la ciudad, en la patria. (Me estoy figurando que la "historia" de la ingobernable Babel de las mil lenguas es una patraña inventada por los de la unidad política).

Ahora bien; como se ve, político y gobernante son una misma cosa, ya que no hay quien niegue que política "es el arte de gobernar a los pueblos". Pero son cosas diferentes político y anarquista, político y ácrata y aun político y sindicalista. (ACRACIA deriva del griego *a*, sin, y de la raíz *krat*, fuerza; *ácrata*, del griego *a*, sin, y *kratos*, autoridad; *anarquía*, del griego *a*, sin, y *arche*, gobierno, y *sindicalismo*, del griego *syn*, con, y *diké*, justicia). Hermanar estos conceptos con aquél, fundirlos todos en uno, hacerlos sinónimos, es caer en fundamental error. La Dialéctica, que es el arte de razonar con gracia, debe servir para algo más importante que para jugar con mentiras.

Lo anárquico, lo ácrata y hasta lo sindicalista, es lo apolítico, o sea lo que dice que la política es un mal mayor que va en perjuicio de los hombres, y los anarquistas o ácratas y hasta los sindicalistas de corazón se colocan más allá o más acá de la política, tanto monta, pero siempre al margen de ella. Cuando un ácrata interviene en política, deja de ser ácrata para ser político. Y si quiere conservar sus dos caracteres, obrando como aconseja la política y como indica anarquía, le estará bien que se le represente como a Jano, con dos caras.

La política lleva en su entraña la norma, el código a que han de sujetarse los hombres de la *polis*; norma que han marcado los políticos y no los habitantes de la ciudad; código que han formado los sostenedores del Estado y no los que componen el rebaño humano que trabaja, llora y sufre. El anarquista..., ¡bah!..., ya se sabe quién es el anarquista: ni se hipoteca a una idea, ni se vende a una conveniencia. Anarquista y hombre libre son sinónimos. Bien entendido, es en donde, relacionado con este tema, únicamente existe sinonimia.

JUAN DE INIESTA

Irreverencias

EL CULTO A LOS MUERTOS

¡Cuán triste es constatar que nos gobierna la Muerte!

Los muertos mandan en un mundo en que los vivos alientan con el recuerdo de sus antepasados, con las costumbres de sus antepasados y con sus mismas leyes.

Es como si el pasado nos anulara el presente; como si no viviéramos; como si nuestras vidas no fueran más que el desdoblamiento de otras vidas que fueron, y que nos sujetan a un ritmo extraño y anulador, que nos ciegan, impidiéndonos ver el presente y mirar de cara al porvenir, supeditándonos al pasado.

¡El pasado! Rémorra que estanca; cadena que aherroja; moral que abochorna: he lo ahí.

Y sigue, impidiéndonos ver, el humo del incienso al arder ante el altar de la muerte, que es tributo al pasado.

Y los vivos son excelentes tributarios hasta llegar a olvidarse de sí mismos, de que son seres, cuyo organismo no puede, sin resentirse, ser supeditado a normas trazadas por y para otros organismos. Y viven supeditados a la muerte, al pasado, a la vieja ley que fué norma directriz hace mil años.

Y persiste el culto a los muertos, base y continuidad de todas las religiones.

Y la tumba, más que la llama del recuerdo, enciende la débil lucecita del cirio del fanatismo.

¿Respeto a la muerte, a los muertos? Sí. ¿Por qué no? Mas no supeditación a la muerte, a los muertos. Ellos representan lo que fué: el pasado. Y nosotros somos el hoy: afirmación de vida que no puede estar supeditada a lo que fué, a lo que dejó de ser, a lo que ni nos debemos ni nos pertenece. Los muertos pertenecen a la Historia, que es el pasado; y nosotros somos el presente, el porvenir inmediato.

Si nuestros muertos vivieron sus vidas, no será mucho pedir, a quienes intentan gobernarnos en su nombre, que nos dejen vivir las nuestras.

Vivir de ellos, de su recuerdo, de la práctica de sus prédicas, de sus costumbres, de sus gustos, es resucitarles en nosotros a costa de nuestro ser, que es algo

más que reflejo del pasado y que debe estar por sobre todo dolor, por sobre toda ruta que no sea la suya propia, la que se labre a sí mismo.

Menester es que la tumba deje de ser santuario. Y si para ello es preciso que la anulemos, hagámoslo. Al fin y al cabo las necrópolis, las ciudades de los muertos, no son más que un peligro de infección para las ciudades de los vivos.

Se habla de revolución, se grita; pero al hablar de la muerte se achica la voz, se sobrecoge el ánimo, y rebasando el lindero del respeto se cae en el del fanatismo.

¿Por qué no llevar la revolución a la tumba, a la idea de muerte?

Las flores que se depositan sobre la tumba, ¿no lucirían mejor en el hogar, perfumándolo?

Y las flores de nuestro hogar podrían muy bien ser abonadas con la ceniza de nuestros muertos, que serían así como rosas abiertas al recuerdo, rojos claveles esbeltos y perfumados como un noble pensamiento, o nacería de ellos esa belleza de colorido con que se engalana la modesta campanilla, o sería vergel en el que seríamos jardineros y celosos guardadores de su perfume y colorido.

¿Por qué no incinerar a nuestros muertos?

ANTE EL JUEZ

¿Quién eres tú, juez, y en nombre de qué me juzgas? ¿Qué conoces de mi delito? ¿Sabes, siquiera, si lo es? ¿Cómo te atreves a condenarme por un hecho que desconoces? Desconoces, sí, aun a pesar de los testigos, aun a pesar de los polizontes. Tú me ignoras. Conoces un hecho de mi vida; pero eso no te da derecho a juzgarme.

No puede juzgarme tu hartura, tu comodidad, tu holgura.

Tú sólo sabes del bien, de tu bien, e ignoras el mal, mi mal. ¿Cómo, pues, te atreves a juzgarme? ¿Sabes, acaso, algo de esas negras noches pasadas entre el insomnio y el ayuno? ¿Conoces, siquiera, la maldición de mi vida arrastrándose por las galerías de la mina; consumiéndose en los altos hornos; exponiéndose a los vientos y al sol en los andamios y en los campos que riega mi sudor? ¿Y la angustia de los días sin pan, la conoces? No, no; tú me ignoras. Me ignoras a mí, hijo de obrero, obrero y padre de obrero. ¿Por qué, pues, quieres juzgarme?

¿Por qué ha de juzgar quien todo lo tiene a quien nada posee? ¿No comprendes que tu hartura te impide ser equitativo ante la explosión de mi penuria? Si yo deseo, acuciado por la necesidad que tú tienes cubierta, tú eres el menos llamado a comprenderme cuando, enfebrecido por la ira de que habéis llenado mi pecho, atento contra una propiedad, un sistema o un privilegio de los que me mantienen vegetando a tus plantas. Si no me comprendes, pues, ¿cómo has de juzgarme? ¿Por qué, ante mi escuálida persona, se ha de levantar tu oronda personalidad para anatematizarme cuando me rebelo ante un sistema que se engrandece achicándose, fortaleciéndose con mi debilidad? ¿Temes, acaso, que asalte el vallado de tu tranquilidad? ¿Y cómo lo forjaste, di? ¿No fué a costa de la mía? ¿Por qué tú posees y yo no? ¿Por qué tú eres y yo no soy? ¿Ah! ¿Qué bien sombrea la toga al ave de rapaña!...

Y quieres juzgarme. Y me juzgas en nombre de la justicia. ¿Justicia! ¿Tu justicia! Es como tú. Hecha por ti, no tiende más que a defender el privilegio que determina mi necesidad. ¿Y a eso le llamas justicia, a lo que no me permite vivir; a lo que me mantiene bajo la mesa en que se celebra el banquete de la vida?... ¿Justicia! ¿Qué sabes tú de justicia? Desciende a mi nivel, y entonces te retaré a que me juzgues si es que puedes: si los hombres te dejan tiempo para otra cosa que no sea batallar por la vida a dentelladas, a zarpazos, frente a todo

evento, por sobre toda ley, que es ley primordial subsistir, y, para ello, es preciso enfrentarse con la vida y tratar de domeñarla aunque el intento lleve, a veces, a una situación como la que me hace comparecer ante ti. Mas..., ¡qué importa! Juzga, juzga. Naciste para eso, como yo nací para vivir libre, pese a tus cárceles, a tus leyes, que no impedirán que viva mi vida, aunque en ella se afingue la incompreensión malsana de tus intervenciones.

FEDERALISMO

Dijose un día: "Federalismo es el poder determinado de abajo arriba", y los poderosos temblaron, mientras los débiles se bañaban en el regocijo.

Los sedientos de justicia abrazáronse, gozosos, a la teoría que prometía armonizar la vida, equilibrándola y encauzándola por senderos incrustados en la nobleza y la equidad.

Entonó el paria su aleluya considerándose en poder del mágico talismán que, liberándole, pusiese en su poder todo cuanto tiende a hacer agradable la vida.

En el valle umbrío, en las laderas agrestes, en la cima inhóspita, se oyó un clamor: **FEDERALISMO**. El mismo que subió de la mina al taller y de éste a la fábrica, para condensarse en el sindicato y saltar a la calle azotando el rostro del plutócrata...

Pero..., no obstante, el federalismo no nos satisface, no debe satisfacernos. En su reformismo, no llega más que a fortalecer el Poder, con una modalidad, que tiene tanto de falsa, como de halagadora.

Y el Poder es impositivo donde quiera que se halle, puesto que es en la imposición donde encuentra su denominativo. Por lo que el libertario, interesado en anularle, no se brindará a llevarle de uno en otro lugar, de un sector desgastado a otro que pueda fortalecerle aunque sólo sea circunstancialmente, pues que a la larga, el Poder los desgasta a todos.

Quien de veras se siente libertario, y, por serlo, ocupa de por vida el palenque rompiendo lanzas en defensa de los desheredados, buceando en sus llagas, bebiendo el salobre de sus lágrimas, recogiendo en sus oídos el humano clamor, que es humano, esencialmente humano, y no de este o de aquel sector; quien no puede bañar sus ojos en el dolor sin sufrir, se encuentra, sufriendo, con que el federalismo, reconocimiento tácito de la existencia de clases, no llega más que a añadir un nuevo eslabón a las humanas desventuras, ya que no rompe eslabones, sino que los renueva: blanquea las celdas aportando un hálito novedoso a un sistema, en que media humanidad oficia de carcelera embargada su libertad por la esclavitud del preso.

Federalismo no es más que un cambio en los órganos rectores de un sistema liberticida que importa anular. Y no interesan los cambios, las componendas. Si armonizar la vida es lo que importa, hemos de pasar por sobre el federalismo, ir más allá de ese cínico reconocimiento de la existencia de clases que nos presenta el absurdo de unos seres encumbrados, regidos por quienes vegetan a sus pies.

GONZALO VIDAL

INDIVIDUALISMO

ANARQUISMO EGOÍSTA

Pocas palabras han sido tan diversamente interpretadas como individualismo; por consiguiente, pocas ideas han sido tan mal definidas como las que este vocablo expresa. La opinión más extendida y que los libros de enseñanza se encargan de confirmar, es la que sostiene que el individualismo es un "sistema de aislamiento en los trabajos y esfuerzos del hombre, sistema que tiene como opuesto el de la asociación".

En esa definición, que más bien es creencia, se reconoce la concepción vulgar del individualismo. Pero es falsa y, además, absurda. Verdaderamente, el "individualista" es el hombre "solo", y, por mucho que nos esforcemos, no le podemos concebir de otro modo. "El hombre más fuerte es el hombre más solo", ha dicho Ibsen. En otros términos: el individuo más consciente de su unicidad, aquél que haya podido realizar mejor su autonomía, es el hombre más fuerte. Ahora bien; se puede estar "solo" en medio de la multitud, en el seno de la sociedad, del grupo, de la asociación, porque únicamente "solo" se puede concebir moralmente al hombre y, en este caso, la palabra solo significa único y autónomo. El individualista es, por lo tanto, una unidad, mientras que el no-individualista se conforma con ser una parte de esa unidad. Así, pues, la incomprensiva grosería no ha podido ver la significación particular de esta soledad en lo que se refiere exclusivamente a la conciencia del individuo, al pensamiento del hombre, ya que ha desfigurado el sentido y, por su costumbre de dogmatizar todo llevándolo hacia lo absoluto, ha relacionado aquella soledad con las acciones económicas del individuo en el medio social, haciendo de él un ermitaño, un insociable, naciendo de aquí la mentira y la absurdidad de la definición precitada. Que se diga "solo" con Ibsen, o "único" con Stirner, para caracterizar al indi-

vidualista, los beocios interpretarán siempre la letra y nunca el espíritu de las palabras.

Si esta concepción vulgar del individualismo es falsa, no lo es por el hecho de que los hombres que se dicen, en el presente, individualistas vivan como los otros en sociedad, sino porque las sociedades actuales imponen al individuo una asociación determinada. El individuo sufre esta asociación, pero sin tomar parte en ella, ya que jamás se muestra benévola con él; por lo que puede inferirse que el individualismo no es un preconcebido sistema de aislamiento, ni, por consiguiente, lo opuesto a asociación, y entendiéndolo así, buen número de anarquistas comunistas, dando a la expresión "comunismo" un sentido menos religioso, menos cristiano, se dicen igualmente individualistas. El mismo Max Stirner, una de las lumbreras de la filosofía individualista, preconiza en su libro *El Único y su Propiedad* la "asociación de los egoístas". Lo que, sobre todo, es preciso hacer para convencerse de esta verdad, es profundizarla, llegando a comprender el verdadero carácter del individualismo, viéndose entonces claramente que esta concepción de la vida no exige el aislamiento físico o económico de los individuos y, por consiguiente, no se opone a su asociación.

Observad la diferente educación que reciben proletarios y privilegiados en las sociedades actuales y encontraréis ahí el secreto de los métodos de gobierno. Un hombre del pueblo, que ha sobrepasado la edad de la enseñanza primaria, ignora, aunque bien lo necesitara, lo que es realmente el individualismo, y, por consiguiente, sobre qué se funda, no teniendo de él, cuando la tiene, más que una noción falsa y estando imposibilitado, por lo tanto, de inspirarse en ella para tomarla como norma de su existencia, sien-

do pasto propicio para que lo devoren los fuertes; es un ente perfecto desde el punto de vista del Estado, o más bien de los que pueden decir con razón: "El Estado somos nosotros". Por el contrario, uno de las clases elevadas, poseyendo la enseñanza secundaria o superior, tiene la idea exacta del individualismo y de sus bases científicas. Constituye para él la verdad misma, pero la verdad que se guarda para sí. Alcanza el triunfo, porque dispone de armas cuando los demás están desarmados, y, por lo tanto, se halla capacitado en todo momento para defender sus intereses, mientras continúa hundiéndose al rebaño en los yerros de sus antepasados. ¡No son buenas para dichas todas las verdades! Del individualismo, que es, por esencia, libertario, hará una filosofía bastarda y de doble cara (la actividad como cimera de la sociedad, el fatalismo en su entraña) justificando todos los desaciertos de la clase reinante. De ahí la distinción, relativamente justa, que se ha visto obligado a hacer, para ser comprendido por un público mal informado, entre el individualismo libertario y el individualismo burgués o autoritario. Pero, en definitiva, no hay más que un individualismo, que es esencialmente libertario, exclusivamente libertario.

Mientras que el individualismo libertario, el individualismo real da armas a los débiles, no con objeto de que una vez llegados a ser fuertes opriman a su vez a los que hayan quedado más débiles que ellos, sino con el único fin de que no se dejen absorber por los más fuertes, el pretendido individualismo burgués o autoritario se esfuerza únicamente en legitimar, por medio de ingeniosos sofismas y de una falsa interpretación de las leyes naturales, las acciones triunfantes de la violencia y de la astucia.

* * *

Tal como lo considera la filosofía individualista, el individuo, capacidad potencial de unicidad y autonomía, no es una entidad, una fórmula metafísica: es una realidad viviente. No es, como lo creyó Fichte, criticando el "único" de Stirner, un Yo místico, abstracto, cuyo culto ridículo y nefasto conduciría a la negación de la sociabilidad, que es una cualidad innata del hombre y engendra necesidades morales que deben satisfacerse bajo pena de sufrimiento. Con ese carácter religioso, el individualismo equivaldría a un estúpido y sistemático aislamiento, así como a una lucha bárbara e incesante, en donde el hombre perdería todo lo bueno aprendido y toda posibilidad de progreso. El culto de este Yo abstracto engendraría la esclavitud, lo mismo que del culto del Ciudadano—El Hombre del positivismo (con las mayúsculas del artículo y del sustantivo, expreso la "santidad" de las ideas según el espíritu de las religiones místicas o positivas)—nació la servidumbre moderna, caracterizada por la restricción asociacionista y solidaria con la sociedad actual que impone el Estado a los individuos.

El yo individualista no es una abstracción, un principio espiritual, una idea; es el yo corporal con todos sus atributos: apetitos, necesidades, pasiones, intereses, fuerzas, pensamientos, etc. No es el Yo—un ideal—sino yo, tú, él, realidades precisas. Así, la filosofía individualista se ajusta a todas las variaciones individuales, teniendo como móvil el interés que el in-

dividuo pone en los hechos y en las cosas y como regulador la potencia de que dispone. Por consiguiente, esta filosofía llega por sí misma a la armonía natural, más verdadera y de más duración que la armonía facticia y superficial que suministran las religiones, las morales dogmáticas y las leyes, fuerzas de astucia, y los ejércitos, las policías, las cárceles y los cadalsos, fuerzas de violencia de las cuales disponen los autoritarios.

El individualista no se coloca jamás fuera de la realidad. Rechaza toda metafísica, todo dogma, toda religión, toda fe. Tiene como medios la observación, el análisis, el razonamiento, la crítica; pero es tomando como punto de referencia su propio criterio como él se forma su propio juicio, no por el que extrae de la razón colectiva que siempre actúa en honor del medio ambiente en que se desenvuelve. El individualista repudia lo absoluto, no teniendo en cuenta más que lo relativo. En fin, coloca al individuo, sola y única realidad viviente capaz de autonomía, como centro de todo sistema moral, social o natural. Yo, el individualista, soy el centro de todo cuanto me rodea. Asimismo, mi gasto de actividad, mis acciones, razonadas o apasionadas, meditadas o espontáneas, persiguen siempre la finalidad de acrecentar mi satisfacción personal. Cuando mi actividad se dirige hacia otro, tengo la certeza que el producto material o moral volverá a mí. Por eso no me importa que el otro, cualquiera que sea, trabaje para sí. Tengo una moral personal y me levanto contra la Moral; practico una justicia personal y rechazo el culto a la Justicia.

* * *

La significación primaria del individualismo se resume en esto: que opone a las entidades, a las abstracciones pretendidamente superiores al hombre y en cuya representación se le gobierna, la sola realidad existente para él: el individuo, el hombre—no el Hombre de los positivistas, “esencia de hombre”, el individuo ciudadanizado, electorizado, mecanizado, anulado—, el hombre que yo soy, que tú eres, que él es: el ser.

Al interés de las divinidades imaginarias, opongo mi interés; mi causa a toda pretendida Causa Superior.

De esta manera, queda siempre propiedad del individuo todo cuanto en las filosofías religiosas y, por consiguiente, en todo sistema social religioso, salía de él, ser inferior, materia vil, átomo despreciable, simple unidad, y que había servido sólo para engrandecer aquellas entidades, aquellas abstracciones divinizadas. Las abstracciones que admite la mentalidad humana con objeto de poder expresar las relaciones interindividuales quedan, de ahora en adelante, desprovistas de su falsa superioridad, de su santidad, quedando en su justo papel utilitario y siendo despojadas de la nocividad de que se las había dotado. Así, pues, basta de sacrificios del individuo para con la Sociedad y sus sacerdotes, para con la Patria, el Derecho, Dios o los Dioses y sus pastores. El individuo llega a ser, al fin, el único beneficiario de su trabajo, el propietario de todo aquello cuya conquista motiva sus esfuerzos y trabajos.

¿Qué es la sociedad sino la resultante de una colección de individuos?

Si la sociedad está capacitada para tener intereses, ¿por qué carece de apetitos y sentimientos? Y aun cuando tenga un interés, ¿cómo es posible que éste sea superior y antagónico al de los individuos que la componen, partiendo del principio de que éstos eran libres? ¿Qué falta de sentido o qué hipócrita maldad no encierra, por consiguiente, el hecho de querer y hacer que los individuos sirvan a la sociedad, en lugar de colocar la sociedad al servicio de los individuos?

¿No podemos nosotros, individuos, reemplazar al Estado por nuestras libres asociaciones? ¿No podemos sustituir la ley general, colectiva, por tratados de mutualidad que podrán ser revocados desde el momento que constituyan una traba a nuestro bienestar? ¿Tenemos necesidad de tantas pequeñas patrias como nos han legado nuestros antepasados, existiendo una mucho mayor, que es la Tierra? Y así sucesivamente. ¡Cuántas cuestiones resuelve el libre examen del individualismo ventajosamente para el individuo! Sin duda alguna, los que viven de la mentira, los que reinan en virtud de su hipocresía, los amos y sus domésticos, curas y políticos, pueden ver las cosas de diferente modo, porque su pequeño, muy pequeño interés, les invita a ello. Pero yo, individualista y hombre de trabajo, cuyo interés no está en querer robar a otro, ni en que me roben a mí, no puedo pensar como ellos y, por consiguiente, me levanto contra todos ellos.

Se vengarán de esta insurrección desacreditándose. ¡Qué me importa! Los amos, los criados y la masa aborregada odian al individualista. Esto se comprende perfectamente, porque sucederá así mientras la ignorancia sea reina del mundo. El pensador individualista, si quiere que sus palabras y sus actos sean reconocidos como justos, debe esperar a que, bajo la sombra protectora de la evolución, llegue la humanidad a la edad de la razón. Pero él no puede esperar nada de la justicia de los otros. La suya le basta para darse por satisfecho.

El día que el individualismo se haya generalizado, nadie podrá desposeer ni encadenar al individuo, porque habrá llegado a ser el propietario del producto de su trabajo y, por consiguiente, independiente. En cuanto a los parásitos que no vivían más que gracias a la creencia en ilusorias Causas Superiores, exigiendo el holocausto de un ser inferior, se verán obligados a ser productores como los demás, o tendrán que desaparecer.

* * *

Como hemos dicho y como se verá más adelante, el individualismo no conduce al aislamiento ni a la asociación obligatoria, sino que adopta un régimen de libertad. El individualista ni es un eremita ni una bestia del rebaño: es un hombre tan sociable como los otros hombres, con la diferencia a su favor de no considerar su instinto de sociabilidad como una desgracia que le conduce a la esclavitud, sino, por el contrario, como una fuente de alegría a la que es necesario dejar correr libremente.

El "maestro" nietzscheano, maníático de la "dureza", el "superhombre", al cual con demasiada benevolencia se le considera individualista, quizá pueda serlo; pero lo que no admite dudas es que en él se esconde una bestia

feroz contra la cual han de ponerse en guardia los hombres que deseen conservar su carácter humano, si acaso pretendiese vivir este supuesto superhombre en un mundo libertario. Nuestro individualista es un ser razonador, y si un instinto, oscureciendo su inteligencia, le empujara a la ferocidad, lo que es inverosímil, o, al menos, sería excepcional, su razón reconocerá en seguida que su interés no está en ser bestia de presa, exaltada por el canto genial y a la vez loco de Zarathustra, puesto que la situación de la bestia no se diferencia grandemente de la de la presa.

Distingamos estos matices: los actos que nacen del instinto desencadenado, no son malos ni los dejará de hacer porque los califique o lo ordene así una moral dogmática cualquiera, del mismo modo que no realizará otros porque hayan sido marcados con la palabra bien, sino porque será interés suyo no ejecutar unos y realizar los otros, hallando satisfacción a su egoísmo, cuyo interés primordial reclama la vida, en la medida de la libertad que él sea capaz de alcanzar; es decir, en la medida de su capacidad y de su potencia.

Vivir es, en efecto, el objeto solo de mi vida. Pero vivir es ser dichoso. Porque la felicidad no se encuentra en medio de una lucha asesina ni en el salvajismo primitivo. Los individuos tienen interés en establecer entre ellos una inteligencia, en llegar a la cordialidad, a la paz; pero no estarán capacitados para adquirir estos bienes mientras no sepan tener aptitudes para ello. Saber por qué obran y cómo obran, conocer el móvil verdadero y el alcance naturalmente legítimo de sus acciones, he ahí quién ayudará a los hombres a verse libres de las causas de discordia y dará a la inevitable lucha por la vida un carácter pacífico. Y así, las relaciones humanas adquirirían una expresión de sinceridad y una facilidad tales como no pudieron poner en práctica las morales dogmáticas.

En el individualismo reside la concepción realista de la existencia, puesto que la filosofía de esta concepción halla su alimento en la observación de la naturaleza de la ciencia experimental, en las verdades adquiridas y demostradas, verdades de las que extrae las consecuencias vitales hasta el límite compatible con la razón humana—que es la razón de cada uno, no La Razón, la diosa Razón—, sin excluir la pasión, de la cual es auxiliar. En este límite se halla el bienestar relativo del hombre, evolucionando dentro de una libertad que tiene como regulador el propio interés del individuo. Es decir, que el individualismo es también una concepción racional de la vida—no racional como la entienden los liberales, que es demasiado “razonable”, sino al modo como la comprenden los libertarios, que es, por cierto, infinitamente menos “razonable”.

(Continuará.)

MANUEL DEVALDES

Los pies descalzos

Al principio sorprenden, luego enamoran y al fin los comprendemos. Y comprender es amar, desatar del alma un río en que todas las cosas se lavan y pasan al otro borde frescas y acariciadas. Creemos haber comprendido qué son estos pies descalzos que vienen cada mañana desde la selva sombría hasta la ciudad candente: son sus árboles frutales, de raíces caminadoras, portadoras de dulzura, frescura y fragancia.

Sí, estas mujeres son plantas. Pero, no plantas florales, de esas que, vistas de lejos, parecen llenas de pajaritos que cantan con loco estrépito; sino plantas silenciosas, con más frutos que hojas, más cansadas que entusiastas. No plantas-novias, sino plantas-madres.

Mujeres sin cantos, canastas sin flores: eso traen los pies descalzos. Las selvas del Paraguay no tienen aves o deben estar muy dentro y cantar muy bajo. Sobre su tierra, fecunda como ninguna, que hasta el color tiene rojo, de aurora o labio, no florece el entusiasmo ni las canciones brotan.

¿Por qué?... ¡Ah! Yo creo haber comprendido también esto. No es por costumbre o pobreza, solamente. Es porque, hembras heridas, engañadas, nunca amadas, ni por dios, ni por sus amos, ni siquiera por sus machos, temen siempre despertarlos, avivar sus negros fuegos de maldad o de lujuria. Por eso no les traen flores ni canciones de sus bosques. Eso, dios, el dios adusto, el amo, el amo usurero, el hombre, el hombre sensual, no quiere de ellas. Quiere el fruto, el fruto obscuro o espeso de la tierra o de su carne.

Y así vienen de la selva a la ciudad, tristes, en la mañana que canta. Así llegan al mercado como a un templo, a un yugo o al pie de un lecho. Y así esperan que las compren, las engañen o las gocen: silenciosas, impasibles y descalzas.

R. GONZALEZ PACHECO

(Del libro *Carteles*, publicado por EDITORIAL NOSOTROS).

La soberanía individual

No es fácil dejar establecido de modo indudable si el hombre fué en un principio un animal gregario o solitario. Lo más probable es que fuera simultáneamente las dos cosas. Allí donde las condiciones del medio ofrecieran abundancia de frutos, la coexistencia en grupos más o menos numerosos parece naturalísima. En cambio, donde la conquista del parco alimento significara por la escasez de éste un verdadero triunfo, el aislamiento debió constituir la norma corriente. Es decir, que entonces como ahora, el individuo debió organizar su vida subordinándola a los factores del medio.

El impulso solidario únicamente puede desarrollarse donde las circunstancias posibilitan la formación de agrupaciones humanas. De esto nos dan la pauta las costumbres y formas de vivir de las especies que ocupan en la escala zoológica un tramo inmediatamente inferior al nuestro. El mono, por ejemplo, es un animal sociable. Suele observársele viviendo en grandes manadas, que diríase constituyen pueblos. Sin embargo, donde el alimento escasea, la pobre bestia vive solitaria, no aceptando a su lado a ningún individuo de su especie, excepción hecha de la hembra, que suele acompañarle a veces con el crío en los brazos. En cuanto se penetra en zonas pródigas en frutos, automáticamente la asociación se impone.

Acontece con esto lo mismo que con el género de alimentación.

Ya es vieja la discusión relativa a si el hombre es un animal vegetariano o carnívoro. Sin pretender negar ni afirmar la importancia que se atribuye al esclarecimiento de esta cuestión, la lógica más elemental nos dice que el tipo humano, desde su albor primero, debió alternar ambos géneros de alimentación. Cuando hallara raíces, bayas y frutos en abundancia, es natu-

ral que los empleara como únicos elementos de nutrición; pero no sabiendo cultivarlos por sí mismo y desconociendo los procedimientos adecuados para conservarlos, al pasar las épocas de abundancia debía recurrir a la caza y a la pesca con fines alimenticios. Obsérvese que todos los pueblos rezagados son cazadores y pastores. Luego, la alimentación humana, a pesar de la conformación natural de nuestro aparato digestivo, debió ser siempre, por lo menos, mixta.

Volviendo al tema de la sociabilidad, hemos de deducir que el ser humano únicamente pudo regularizar sus impulsos solidarios y establecer y mantener las condiciones del pacto social, cuando halló el modo de asegurarse por la caza y por la pesca, por el pastoreo y por el cultivo de la tierra el cotidiano alimento. La existencia regular de agrupaciones humanas que logran supervivir a todas las vicisitudes y trastornos, puede señalarse como un hito gigantesco en el sendero de la civilización.

Naturalmente, la vida en sociedad impone deberes al individuo que limitan su libertad y restringen su soberanía. A medida que las conquistas del progreso son mayores, esas limitaciones aumentan en el mismo grado en que aumentan los deberes que sobre los miembros de la colectividad pesan. La sociedad evoluciona. La horda salvaje se convierte en pueblo, la tribu nómada se hace sedentaria. El trabajo útil se enriquece cada día con aportaciones nuevas hasta llegar a formar como una cadena sin fin en la que cada grupo profesional constituye un eslabón.

Con esto la libertad individual tropieza con mayores obstáculos. Lo primero es vivir y la organización del trabajo humano, fuente de los frutos a nuestra nutrición necesarios, es cada vez más compleja. De tal modo se ensamblan todos los esfuerzos, que nadie puede elaborar nada sin el concurso de toda la comunidad laboriosa. Y cuanto más se avanza, cuanto más aumentan nuestras posibilidades, más necesidad tiene el hombre de especializarse y más sujeto se halla al conjunto social que le limita.

No sólo se registra este fenómeno en el área del trabajo humano. Se produce también en la zona de las ideas. El individuo no es de ordinario el verdadero creador. Así como para elaborar un papel de fumar, que se reduce a cenizas en el breve espacio de tiempo que dura el titilar de una estrella, se necesita que toda la sociedad coordine sus esfuerzos y aproveche además la suma de experiencias y desvelos de todas las generaciones que nos han precedido en la tierra, para que una idea se produzca se necesita igualmente el concurso de todos los hombres y el aprovechamiento de todos los ensayos y esfuerzos intelectuales realizados por la muchedumbre de seres que antes de nosotros cruzaron los senderos de la vida luchando

y ambicionando, cayendo y levantándose, bañando la frente en luz y hundiendo los pies en el barro.

Cualquier aspecto de la actividad humana que estudiemos nos llevaría a la misma conclusión. El progreso, conjunto de actividades orientadas hacia la misma finalidad, no es obra de un individuo sólo, ni de una sola generación, ni de una sola raza. Es la resultante del esfuerzo mancomunado de la humanidad entera tomada desde su aurora imprecisa hasta nuestros días.

Escribiendo estas cuartillas en la soledad de mi mesa de trabajo, pienso en cuánto me halagaría que esta mi labor fuera personalísima. El chispazo de la idea se ha producido en mi cerebro. He sido yo quien la ha meditado y quien está realizando el esfuerzo necesario para exponer con claridad el resultado de mis meditaciones. Sin embargo, esto que estoy haciendo tiene muy poco de personal. No fui yo quien creó el lenguaje en que me expreso, ni quien inventó los signos caligráficos que empleo para fijar en el papel mis ideas, ni la tinta que uso, ni la pluma que empuño, ni el papel en que escribo, ni nada de cuanto me rodea y contribuye a la realización de mi modesta obra. La misma facultad de pensar, orgullo legítimo del ser humano, me ha sido transmitida. Mi cerebro elabora ideas, y coordina pensamientos, y forja imágenes, porque representa la totalidad de una adición de infinitos sumandos formados por el esfuerzo incesante de todos mis antecesores para aumentar nuestra capacidad cerebral.

Estoy solo. En el retiro sosegado de mi cuarto de trabajo voy trazando sobre el papel lo que antes hube de meditar a solas conmigo mismo. Nadie a mi lado. Solo. Incluso hago esfuerzos inauditos para olvidar lo que otros dijeron a fin de exponer con toda limpieza, sinceridad y originalidad mi verdadero pensamiento. No obstante, siento en mí y fuera de mí agitarse millones de colaboradores. Nada de lo que estoy haciendo es exclusivamente personal. Ni siquiera el impulso interno que me induce a meditar ni el trabajo mecánico que supone la acción de escribir. El reflejo estaba ya creado y fijado y me fué transmitido en el germen plasma como se fué transmitiendo y perfeccionando de generación a generación antes de llegar a mí.

Pienso, observo y estudio. Me agrada hacer partícipes a los demás de lo que late en mí, comunicar mis pensamientos, expresar todos los matices de mi sensibilidad. Pero esto me es posible en la pobre medida de mi limitación porque antes que yo una multitud incontable derrochó esfuerzos continuados para modificar mi cerebro y hacer más delicados los filamentos sensibles de mis nervios.

Aparte esta colaboración indispensable, cuento con la de todos los hombres de mi tiempo. No escribí yo los libros en que estudié, ni construí la mesa en que escribo, ni el lecho en que reposo, ni la silla en que me siento, ni la casa que habito, ni los innumerables utensilios de que hago uso en mi vida diaria. Tampoco confeccioné el vestido que cubre mi desnudez, ni elaboré el pan que me alimenta, ni produje la luz que durante la noche me permite trabajar cómodamente. Para que yo pueda escribir lo que quizá no sirva ni de enseñanza ni de releite para nadie, no sólo ha sido necesario que el esfuerzo de toda la humanidad pasada me haya dotado de un cerebro conformado para pensar, sino que es indispensable que toda la humanidad actual trabaje para que nada de cuanto necesito para subsistir me falte. Si hubiera de ocuparme directamente en la producción de lo que me es absolutamente imprescindible para vivir, es bien seguro que no me quedaría tiempo ni humor para emborronar cuartillas.

Estamos más subordinados a la sociedad de lo que parece, y no sólo nos tiene sujetos por el cordón umbilical. Somos, aunque nos pese, gotas de agua de un gran torrente, partículas de un todo inmenso. Formamos una cadena sin solución de continuidad. Nuestros actos son continuación de otros que les precedieron y preceden a otros que se producirán después. Sucesores y predecesores estamos sujetos al pasado y plenos de porvenir. Al constituir la primera agrupación nos enrolamos en una falange que, como la bola de nieve, rodando crece, y de la cual no podemos desertar por mucho que nos duela la férrea disciplina que nos impone.

Pero entonces, se nos objetará, la soberanía individual es un mito.

Nada de mitos. La soberanía individual, suprema aspiración del hombre, puede conciliarse y hasta lograr su cabal realización, dentro del marco de la sociedad. Lo que se necesita es ordenar los factores sociales de manera que las ventajas positivas que del esfuerzo colectivo, inteligente y coherente, derivan, no impongan al individuo innecesarias claudicaciones.

Sería absurdo que renunciáramos a estas alturas a cuanto el ingenio, la inventiva y el trabajo humanos ha logrado crear a través del tiempo y a costa de amarguras y vicisitudes infinitas. Igualmente lo sería que por conservar esas conquistas sacrificáramos lo que constituye los atributos esenciales de la personalidad. Pero todo puede conciliarse. La sociedad puede ajustar su organización a las condiciones de la naturaleza humana. Organizando las cosas de manera que el individuo, manifestándose de completo acuerdo consigo propio, no pueda perjudicar al conjunto social a que pertenece, la soberanía individual pasará de la categoría de aspiración a la de hecho consumado.

En el estado actual del progreso los ensayos más atrevidos pueden realizarse holgadamente. Las únicas limitaciones insoslayables que impone la sociedad al individuo son las derivadas de los factores económicos. Es fatal que consumamos para poder vivir, y no se puede consumir sin producir primero. La producción en gran escala resulta sumamente fácil empleando todos los adelantos de la técnica; pero ello presupone la necesidad de mantener la forma de explotación colectiva que al par impone necesariamente una disciplina. El individuo en tanto presta un servicio activo en el orden de la producción debe adaptarse a las normas establecidas y aceptadas por la mayoría. Fuera de eso es enteramente libre, sin que se señale otro límite al ejercicio de su libertad que el derivado del respeto que debe inspirarle la libertad ajena.

Es una limitación. Pero esa limitación se reducirá más cada día a medida que el obrero de hierro vaya suplantando al obrero de carne y a medida también que nuestras necesidades vayan entrando en el marco de lo razonable.

De la sociedad no podemos prescindir, y ésta, tal como se halla hoy constituida, es un serio obstáculo opuesto a la soberanía individual. Mas en una sociedad razonable, la individualidad podrá desarrollarse plenamente, soberana y libre, ayudada antes que estorbada por la colectividad, que nada eleva tanto al individuo como la práctica de la solidaridad ni nada afirma más el sentimiento de libertad que la disciplina libremente aceptada.

El individuo será soberano de sí mismo cuando la sociedad se oriente en el sentido de no estorbar su normal desarrollo y posibilite el ensayo de todos los propósitos y la libre exposición de todas las iniciativas. Claro que esta soberanía no requiere ni necesita que el individuo se disgregue de la sociedad; pero si alguno experimentara el deseo de vivir solo, nada se lo impediría, ya que la soberanía individual comienza donde termina la autoritaria imposición y no puede ser su propio soberano el que no es esencial y hondamente libertario.

H. NOJA RUIZ

Stirner y su obra

En España no se conoce a Stirner. Se ha oído hablar de él, casi siempre denigrándole, pero no se le conoce, ya que el noventa por ciento de los que suelen maldecir contra "El Único y su Propiedad", la obra maestra de este pensador, no lo han leído, no siendo posible hallar otra explicación al "pánico moral" que ciertos individuos sienten ante su solo nombre, sino en la creencia, tan hondamente arraigada aun en gentes que se llaman librepensadoras, de encontrarse en presencia del demonio o de una obra escrita por el demonio mismo. En efecto; todos los que tratan de formar una religión, una secta o un partido odian a Stirner, el más formidable iconoclasta de todos los tiempos, como al espíritu maléfico que habla al orgullo individual para que no se someta a ninguna jefatura, siempre humillante, indigna, odiosa y esclavizadora. Porque el jefe puede odiar al rival; pero su odio no adquiere las características feroces que el odio hacia el pensamiento realmente anárquico de Stirner, pues si con aquél es posible, en cualquier momento, concertar una tregua que puede trocarse en alianza, la guerra que Stirner ha declarado a instituciones y jefaturas, durará todo el tiempo—años, siglos o milenios—que ellas duren. Porque la voz de Stirner—así hablan los genios—se proyecta hacia arriba, hacia los siglos que vendrán, hacia la viva eternidad futura, y baja a la raíz de la vida, hacia los siglos que fueron, hacia la muerta eternidad pasada.

Nadie como Stirner se cuadró hasta ahora frente a todo: dioses, instituciones, jerarquías, privilegios, gobiernos, religiones y morales, y nadie se rió como él de todos los que en nombre de "derechos sagrados" quisieron y quieren dominar a los hombres para explotarlos a su antojo. Stirner, con una lógica que asusta a los timoratos, que encanta y alegra a los que perdieron el miedo, se encara con todo cuanto tuvo la humanidad por sa-

grado: ideas y creencias, y lo pulveriza; sube después al cielo, morada de dios, y, crudamente, enseña a los hombres, asustados, que aquello es un espantajo, o, algo menos, un fantasma.

Nadie como él, hasta hoy, ha reivindicado la personalidad humana queriéndola liberrar de toda tutela, de toda traba, y nadie como él ha dedicado tan bellas palabras al egoísmo, al cultivo del ego, del yo, del individuo. Sin duda es por esto por lo que todos los cultores del arrebañamiento humano le odian; por lo que todos los que sueñan con jefaturas, le escarnecen; por lo que todos los que desean gobernar, le han declarado guerra a muerte, llegando, adonde llegan todos los pobres, a la calumnia, ya que sus lógicos y fuertes razonamientos no pueden destruirse con patrañas ni sofismas. Los "proletaristas"—valga esta palabra tanto como obrerista, que es el que, sin trabajar, habla en obrero, escribe en obrero y vive en burgués—, que son aquéllos que se nutren con los sueldos que cobran en las organizaciones proletarias o en los partidos proletarios que dirigen y explotan, para mantener su prestigio ante las masas lanzan denuestos contra los anarquistas individualistas, tipo stirneriano, acusándoles de burgueses, cuando no hubo nadie que atacase a la burguesía de tan recia manera como Stirner, cavase, como él, los cimientos en que se apoya el edificio burgués, y atentase contra sus dogmas y morales con la valentía con que lo hizo el primer anarquista consciente que parió la tierra.

Max Stirner, seudónimo que usó el hombre que se llamó Juan Gaspar Schmidt, nació en Bayreuth el 25 de octubre de 1806. Estudió filología y filosofía, en Berlín, con Hegel y Schleiermacher. Metafísico de grandes vuelos el primero, y teólogo, aunque racionalista, el segundo, las lecciones recibidas dejaron profunda huella en aquel cerebro potente, no pudiendo nadie sospechar que aquel joven de hermosa y bien desarrollada frente (de ahí nace su seudónimo; "stirn", en alemán significa frente), de ojos azules y mirar lejano y soñador, podría ser el mayor inconformista que vieron los siglos, sobrepasando audazmente el racionalismo de sus maestros y siendo un destructor de la divinidad que ellos no se atrevían a negar. Salido de Berlín, volvió en 1833 para seguir el curso de Michelet, que figuraba en aquel tiempo a la cabeza de la izquierda hegeliana.

En su vida no se encuentra un solo desfallecimiento, una sola doblez, una sola claudicación a lo que él se había trazado como camino a seguir. No quiere al Estado, abomina del Estado, lanza contra él sus más furiosos anatemas, lo analiza y desmenuza presentando a los hombres esa institución como perturbadora de la tranquilidad humana, como enemiga de toda paz y de toda cordialidad entre los hombres; y, por creerlo malo, no se somete a él, no quiere cátedra bien remunerada que el Estado pudiera ofrecerle. Licenciado en Filosofía y Letras, se constituye en profesor libre que tiene que andar en busca de un candidato a quien dar una lección; pero prefiere la libertad, en donde puede realizar su vida, pensar y obrar como le plazca, a la sujeción de bestia al pesebre estatal. Para vivir, da lecciones, escribe, traduce. Pero no se sujeta, no se amolda, no claudica. Sencillo, sobrio, correcto; un poco aislado siempre de los hombres, aunque se le veía gozar con el trato de las gentes; más observador, más razonador que dis-

cutidor, muere, próximo ya a los cincuenta años, el 23 de junio de 1856, en la mayor pobreza, pero, también, con la mayor dignidad.

En los primeros años del siglo pasado se produjo en Alemania un fuerte movimiento teológico. Eran, como siempre sucede cuando algún ser o alguna institución agoniza, los últimos destellos de la vida que muere, el último florecer de las creencias que nacían de la divinidad. Strauss, que no se atreve a negar la sacrosantidad de la Biblia, poetiza leyendas y principios religiosos haciéndolos más bellos y agradables. Humaniza a Jesús, lo hace comprensible, lo arranca de Judea para aproximarle a sus contemporáneos, lo hermosea, rejuvenece el mito y... lo "diviniza". En "La Vida de Jesús", el Cristo es más dios y más hombre que en la leyenda bíblica. El racionalismo es, pues, en el fondo, una exacerbación del teologismo. El protestantismo, que baja a la divinidad de las alturas para sentarla en cada hogar, refuerza la idea de dios, aunque a algunos les parezca que la destruye.

Al aparecer, en 1835, "La Vida de Jesús", produce en Alemania una conmoción en las esferas del pensamiento. Los teólogos, amoldándose a las nuevas corrientes, si bien algo asustados al principio, terminan por abrazarse al Hombre-Dios de Strauss, mientras que los pocos negadores de la divinidad discuten acaloradamente no sobre el libro en sí, sino sobre las verdades o mentiras que la Biblia encierra, sobre la existencia o inexistencia de las divinidades, sobre el mal o el bien que siembran las religiones, sobre la libertad o la esclavitud. Por aquí asoma el teólogo puro que quiere defender la intangibilidad del dogma; por allá el que, murchita su fe, presta oídos a herejías que ayer le asustaron y que hoy trata de justificar; al otro lado, Strauss a la cabeza, los que, tomando las leyendas de la Biblia como sucesos verdaderamente ocurridos, se esfuerzan en despojarlas del polvo de los siglos para servirles a los hombres aderezadas con lenguaje poético; y en frente, casi solo, Stirner, que niega a dioses, papas, reyes, príncipes, democracias y gobiernos sus derechos divinos o terrestres, capa legalista bajo la cual se esconden teólogos de todas las especies que roban a los pueblos el pan y la tranquilidad. Ante su potente voz todo se estremece, todo tiembla; ante su piqueta, todo se desmorona.

Strauss, Bruno Bauer, Feuerbach, llevan la voz cantante en este movimiento. Hegel ha sido sobrepasado. Unos le desconocen; otros toman sus palabras como un oráculo; algunos creen; los menos piensan; todos discuten, y durante las discusiones aquél niega más de lo que, sereno, hubiera negado, y éste afirma más de lo que, en tranquilidad, se hubiera atrevido a afirmar.

En los círculos de los "Libertarios", de Berlín, está situado uno de los polos de aquel mundo: el de la irreverencia. A él concurre Stirner durante diez años. Allí, dice Armand, uno de los mayores valores del anarquismo mundial y, posiblemente, el que más a fondo conoce en la actualidad la obra stirneriana por haber seguido paso a paso, la vida del que puede figurar entre los más grandes pensadores del siglo pasado; allí, repito, "se discutía de todo y sobre todo: sobre la censura, sobre el socialismo (bajo su forma comunista), sobre el antisemitismo (que empezaba a iniciarse), sobre la teología, sobre la autoridad. Teólogos, como

Bruno Baüer, se codeaban con periodistas liberales, poetas, escritores, estudiantes satisfechos de poder escapar a la enseñanza ex-cathedra, algunos oficiales capaces de hablar de otra cosa que de caballos o mujeres y con bastante tacto para dejarse en la puerta ceño y fusta. Se veían también algunas mujeres. Karl Marx y Engels fueron alguna vez, pero no se detuvieron". Aquel círculo representaba, en su pequeñez, a Alemania. En medio de aquel ambiente caldeado, en el que unos levantaban nuevos altares a sus dioses y otros blasfemaban contra ellos tirándoles piedras, fué elaborándose poco a poco "El Unico y su Propiedad", hasta que apareció en 1844, cuando Stirner se hallaba en pleno desarrollo de su inteligencia.

Tres libros, entre otros muchos, se conservan de aquella época: "La Vida de Jesús", de Strauss, "El Unico y su Propiedad", de Stirner y "La Esencia del Cristianismo", de Feuerbach. El más recio, el que más conmueve los cimientos de lo viejo, el que más novedad encierra, el que, por su originalidad, vierte más atrevidos pensamientos, el que obliga a pensar es "El Unico". Strauss y Feuerbach son cristianos, aunque el último se diga ateo; Stirner, que no necesita hacer gala de ateísmo, es el supremo negador de Dios.

"La Esencia del Cristianismo" representa, como ninguna otra, la ética de la izquierda hegeliana que hacía esfuerzos inauditos para escapar de la tutela de Dios, aunque casi casi se había librado de la tutela de la Iglesia. Y de ese libro, que encarna el ateísmo racionalista de aquellos años, nace el socialismo, que no ha podido ser negador absoluto de la divinidad y, por consiguiente, de la autoridad, sino que ha trasladado ambas a la tierra, conservando, con el nombre de sociedad, las mismas prerrogativas terrestres que se le concedieron a Dios en el cielo.

Así como el lenguaje de Proudhon, aunque macizo, es lenguaje jurídico, lo que equivale a decir lenguaje legalista, o sea que está encuadrado dentro de las leyes, así el lenguaje de Feuerbach, aunque hablando de ateísmo, es lenguaje teológico, y es sabido que la forma de expresión que el autor emplea para vestir sus pensamientos está, sin duda alguna, en relación directa con el conocimiento y arraigo de la idea emitida. Con otra forma de expresión, Proudhon hubiera sido el creador del anarquismo; con la que usó, jurídica por excelencia, no pudo llegar a hacer ni grandes afirmaciones ni grandes negaciones. Pensaba en jurista, y sus pensamientos debían moverse dentro de las fronteras que él les trazaba y que soñaba para los demás hombres. Protestaba contra lo que tenía ante sus ojos; pero trazaba un cauce o camino por donde quería que fuesen las criaturas: allá, en el fondo de su ser, estaba alerta un sociócnata. Si su potencialidad creadora, y la fuerza de su lógica se hubieran albergado en el cerebro de un temperamento anárquico, posiblemente hubiera llenado de rebeldías el mundo, pues tuvo mejor escenario que Stirner para actuar.

En aquellos momentos en que se creaba el socialismo—Lassalle era muy amigo de Feuerbach y coincidían en aspectos teóricos de la teología racionalista—llegó Stirner dando nacimiento al anarquismo. Disconforme con el ateísmo predicado por Strauss y Feuerbach, especialmente con el de

este último, al que daba más importancia que al primero, se encara con los racionalistas y su ateísmo, en el cual veía un disfraz religioso, y los culpa de quedarse en mitad del camino. El Hombre-Dios de Feuerbach le causa risa, que no otra cosa puede causarle traer la divinidad a la tierra y encasquetársela a la criatura humana, y proclama, como única realidad frente a esos revestimientos teológicos que marcan la agonía de la religión, al hombre, al individuo, al yo, al tú, a la unidad humana: al Único, que está por encima o por debajo de teorías abstrusas, de inexistentes divinidades, pero al margen, totalmente al margen, de todos los teologismos, aunque se llamen racionalistas. Para hallar al Único empieza por despojar al hombre de toda la hojarasca bíblica, y mientras tira, una a una, las prendas con que lo vistieron religiones, Estados y gobiernos, llega, mirando esas piezas de ludibrio, a las grandes negaciones, a las negaciones que nadie, antes de él, hizo en la tierra, y a las afirmaciones absolutas que nadie, jamás, antes de la llegada de Stirner, se atrevió a hacer.

En "El Único y su Propiedad", fuente eterna de sugerencias, han bebido todos los filósofos y revolucionarios del siglo pasado y del presente, y, manantial inagotable, seguirán bebiendo las generaciones futuras. La negación afirmativa de Bakunin, "destruir es crear", es agua clara bebida en la fuente stirneriana: todo cuanto destruimos en nosotros de prejuicios fantasmales, creamos, enalteciéndola, nuestra personalidad.

La firmeza stirneriana formó escuela, y ese canto a la voluntad de vencer que es "El Único y su Propiedad", ha servido para fortalecer a todos los luchadores. No en Hegel, como nos han dicho los burgueses, sino en Stirner, discípulo que, en el saber, dió un poco más que el maestro, se apoyaron los nihilistas rusos para llevar aquellas formidables campañas de exterminio contra el absolutismo zarista y sus bestialidades, y cuando en San Petersburgo o en Moscú volaba un zar o un gran duque, el dinamitazo era, ni más ni menos, la ronca voz de Stirner, el de amplia frente y lejano y soñador mirar, que hablaba al mundo.

Hay tal vitalidad, tal audacia, tal acometividad, tal rebeldía en sus palabras, que de él nace, y no de otro alguno, la Internacional. Cuando nadie piensa hablar a los obreros, él les habla, y cuando todos hallan justo que el trabajador viva muriendo envuelto en su miseria, él llama al Único que debe haber escondido en cada hombre, para que insurja contra el burgués. Bakunin y Marx oyeron sus palabras y fueron los artesanos de lo que el genio del artista—Stirner—soñó.

Se discute, se investiga, se escribe y habla alrededor de lo que Stirner trajo al escenario de la vida, y, aunque tiene visos de juramentación el silencio que quiere hacerse en torno suyo, "El Único y su Propiedad" no falta en la biblioteca de ningún hombre estudioso en ningún rincón del mundo. Así, silenciosamente, influencia a Nietzsche—¡lástima que su influencia no fuera total!—, y casi podríamos afirmar que, mirando a Stirner, es escrito "Así hablaba Zaratustra". Kropotkin, que siente alguna vez el "terror doctrinario" frente a Stirner, hace suyo un principio que es ley vital: la evolución del hombre y la tendencia del organismo hacia una existencia más feliz. Guyau, pensador y moralista, hace suya la misma idea, a

la que considera como apetencia que libera a la especie. Tucker propaga como herencia del gran egoísta, su egoísmo libertario; Mackay, enamorado de su fortaleza, de su temple, de su inmenso talento, de la profundidad de sus visiones y de la potencia de su lógica, se dedica a investigar la vida del incomprendido y recopila sus obras. Hasta el pietismo de Tolstoi tiene un parentesco, y no muy lejano, con este inmenso venero de pensamientos y sugerencias que fué Stirner.

Se ha dicho que sólo publicó "El Unico y su Propiedad"; pero escuchemos a Armand:

"Lejos de ser un perezoso—llamar perezoso a un hombre que ha escrito "El Unico", es el colmo de la injusticia—, Stirner produjo casi constantemente. Contrariamente a lo que suele ocurrir, ni su infeliz matrimonio, ni sus disgustos, lograron extinguir en él la fecundidad. "El Unico y su Propiedad" data de fines de 1844. De 1845 a 1847 publicó una traducción alemana, en ocho volúmenes, de las obras principales de J. B. Say y Adam Smith, con notas y observaciones; en 1852, una "Historia de la Reacción", debida enteramente a su pluma; en 1852 también, la traducción de un ensayo de J. B. Say sobre "El Capital y el Interés", con observaciones".

"Con el título "Kleinere Schriften" (Pequeños escritos), Jhon Henry Mackay ha reunido los estudios, artículos, relatos y respuestas de Stirner a sus críticas aparecidas de 1842 a 1848. Conozco una edición italiana de esta obra, titulada "Scritti minori". Tengo traducido en el periódico individualista francés "l'en dehors", la interesante crítica que Stirner hizo de "Los Misterios de París", de Eugenio Sué, y un extracto de "Faux principes de notre éducation", que figuran en "Kleinere Schriften..."

Stirner dijo: "Es necesario desterrar la pena para que en su lugar crezcan la satisfacción y la alegría". Y tiempo después, afirma Guyau: "El dolor aproxima a la muerte, la alegría conduce a la vida". El egoísta dió, como da siempre, sin tasa, sin medida, para que de él tomasen todos los que tuvieran necesidad. Dar: he ahí el goce. Piden los pobres. Un individualista no puede ser en ningún clima pedigrüño. Será ladrón, tomará lo que necesite del burgués o del Estado; pero jamás será mendigo. Morirá en una cárcel, pero no en un estercolero. No admite limosnas. Y no es limosna solamente lo que para "ayudar a bien morir" da la caridad cristiana; es limosna todo dinero que se recibe en hipoteca de la personalidad, porque es humillante precio a la sumisión y a la obediencia: compra del silencio, candado al cerebro. Por eso el individualista anarquista ni pide pan, que es tanto como implorar la sopa del convento, ni trabajo, que es lo mismo que pedir a un amo que le unza a su carro. Y para no recibir salario—todo asalariado es un robado—del Estado, de un burgués, de una colectividad o de una comuna, quiere ser él el propietario; quiere tener él la propiedad; quiere disponer libremente del fruto de su trabajo y de los bienes que con sus propias manos elabora, pues sabe que mientras la propiedad esté en manos ajenas, será el esclavo de los propietarios, llámense éstos rey o papa, nación o burguesía, colectividad o comuna.

Stirner asusta a los timoratos. Y a los inteligentes que se abrazaron a una doctrina creyéndola salvadora, los aterroriza, porque al destruirles su

creencia y no darles otra cruz para que se abracen a ella, se sienten vacíos, sin contenido, sin consistencia; flojos, como tullidos a los que se les quitase las muletas en que se apoyaban.

Pero los fuertes nada tienen que temer, pues si tiemblan los débiles, los fuertes refuerzan su fortaleza, ya que les presta alas para elevarse a las regiones del valor. Abrid el libro, amigos lectores, y veréis cómo se ríe Stirner de dioses y fantasmas; pero también cómo el terreno que conquista lo entrega a los hombres. "Yo soy—dice en alguna parte—, como vela cuya misión es consumirse para alumbrar". ¡Consumirse para alumbrar! ¡Ahí tenéis un bello y noble egoísmo! ¿Es, acaso, superior a este noble egoísmo el torpe pietismo del ya viejo Tolstoi?

MIGUEL GIMENEZ IGUALADA

(Prólogo de *El Unico y su Propiedad*, que acaba de poner a la venta EDITORIAL NOSOTROS.)



Teatro de la Revolución y revolución del Teatro

En el teatro Alkazar, de Valencia, se ha celebrado la primera audición—tal debe ser su nombre—de Arte Escénico Anarquista, bajo la sugerencia de este hermoso dictado: "Teatro de la Revolución y revolución del teatro" Animador: Oscar Blum; sobriedad, pensamiento, cultura, consciencia. Y luego, un grupo de camaradas oradores—Sáiz, Campos, Cano Carrillo, el propio Blum—que fué el texto aleccionador de la jornada. Y una actriz, Caridad Marinas, a la que rendimos un elogioso homenaje, colaboradora de Félix Paredes en las cuartillas escritas por él para ser leídas por ella, mexicana y, claro, revolucionaria.

Publicamos a continuación las cuartillas de Félix Paredes. Oscar Blum nos entregará un trabajo para el próximo número. Y mientras tanto, animemos a cuantos contribuyeron al acto del Alkazar para insistir sobre el propósito de anular la Escena actual—arcaísmo, insulsez, prejuicio y fascio, en una palabra—e imponer lo revolucionario en esencia y potencia, lo que debe ser el teatro: una manifestación de Arte dedicado al Pueblo y que, en suma, al Pueblo se le debe, pues que se halla ahí, en la entraña popular, la mejor cantera de inspiración pura, nueva, libertadora e inexplorada.

¿Habéis meditado alguna vez en un teatro interpretado solamente por artistas al margen de la profesión? Yo, sí, porque con ello quedaría casi solucionado el problema de la sensibilidad.

Ya sé lo que significa semejante afirmación; pero no me negaréis que es absolutamente revolucionaria.

El teatro actual está enfermo de prejuicios y padece accesos reaccionarios. Ni una sola vez hemos sorprendido el menor esfuerzo para romper las normas establecidas y situar a la Escena española en el lugar que le corresponde. A la Escena española, ¿eh?, no a la prostituida por la irresponsabilidad fascista.

La mayoría de las actrices y actores profesionales tienen miedo a las innovaciones. Y terror pánico a la Revolución. No la comprenden. Tal vez están muy lejos de ella. Y, claro, viven de ese terror, hito novísimo de una economía teatral basada en el ahorro de la idea—si hubiere alguna—como marchamo para otra clase de ahorros.

¿En qué piensan los autores consagrados, que no producen? ¡Ah! Pues no producen, porque no sienten la Revolución, porque no la han sentido nunca, porque no la llevan dentro. Y ahí los tenéis, silenciosos, atemorizados, esperando, como Jano—el personaje mitológico—utilizar, si conviene, una segunda cara. Ellos, los autores prestigiosos, no creen, ¡claro que no!, que se pierda la guerra, sino que hemos de ganarla. Pero como todos son hombres de experiencia, veteranos del Gran Derecho en la Sociedad de Autores, prudentes y, naturalmente, enemigos de la precipitación, prefieren que se gane la guerra contra el fascismo sin sus aportaciones escénicas, a que el fascismo la ganara—cosa imposible—con su contribución teatral antifascista como antecedente para un probable fusilamiento. ¡No por nada, no! Su lealtad queda libre de sospechas. Tanto, que los que no se han ido a Buenos Aires demuestran su antifascismo permaneciendo entre nosotros, algunos porque no les han consentido marchar. Lo que ocurre es que conviene más prevenir que curar, y en estos tiempos un autor consagrado debe cumplir la fórmula de Hipócrates, aunque no sea más que por simpatía con el sabio.

El teatro revolucionario exige instintos vírgenes, juventud, entusiasmo, un perfecto estado supersensible, una honradez artística a prueba de sobornos y una inteligencia anarquista. De esos dones de los dioses carece una buena parte de nuestros intérpretes. Y el teatro español se quiebra por su mitad, estrellado contra el suelo, e incorporándose cojeando o con las costillas astilladas.

Indudablemente algo se estrena, sí, desde luego. Mas de tan menguada talla, que todo ello cabe en una caja de cerillas sin cerillas. Hay, tanto en los frentes como en la retaguardia, muchachos de vigorosa mentalidad. Moletaos en repasar poesías y artículos enviados espontáneamente a periódicos diarios y revistas. Veréis producciones de gran valor literario. Son renovadores avalados por el salvoconducto de su juventud. De ahí, de ese venero joven no profesional, emanará la emancipación del teatro. Los viejos—mezquinos por su limitación, cascarrabias por su intransigencia, burgueses por su criterio, pusilánimes por su egoísmo y retrógrados por su estatificación en el centro de una época perniciosa desaparecida—han dado ya cuanto tenían que dar. Suspensos ante la fuerza convulsiva del terremoto revolucionario presente, se les atrofia el cerebro, temen, tiemblan, se esconden y callan. Yo no quiero señalar. Luego me escribirán cartas como esa que recientemente ha escrito un llamado autor en Madrid quejándose de

que no le haya bombeado la Prensa. No; esa clase de relaciones epistolares me ha causado siempre desasosiego, y no me gustaría perecer a manos de un autor indignado. Si quiero indicar que no existen valores pasados de moda, que el teatro agoniza y que el Arte Escénico se cubre con un velo para que no se le vean las lágrimas.

En consecuencia, si los profesionales no se atreven ni poseen bagaje sensible suficiente para vibrar con impetu libertador, interesa el elemento juvenil que dé un puntapié a lo estatuido y arranque de raíz las páginas de esos librajos de comedias acéfalas, llenas de sentimientos capciosos, tan destacadas aún en los carteles.

Da grima contemplar el panorama. Y no formule usted la menor protesta ni oponga el más pequeño reparo, porque, a fin de cuentas y merced a poco hábiles tergiversaciones de argumentos, resultará que los revolucionarios son ellos, y el faccioso, intolerable y rancio, es usted.

La primera materia para la construcción del nuevo matiz teatral la tenemos: es una piedra preciosa de innumerables luces deslumbrantes, y he aquí su nombre: Iberismo. Pero iberismo hondo, de genuina raza ibera, de inconfundible sello español; ese iberismo que hay que empezar a extraer de los escombros de las casas destrozadas por la aviación del crimen, ese que está entre la tierra calcinada de los campos levantados por la metralla; ese que se nos sale por los poros a voces clamando por su consolidación; ese iberismo, en fin, que en la boca de nuestros cañones, en el gatillo de nuestros fusiles, en la carga de nuestras bombas de mano, en el arrojado heroico de nuestros hermanos combatientes, salta del interior del proyectil para enseñar a ser españoles a las hordas que entregaron España en manos extranjeras sin que se les subiera el rubor a la cara, clavándoseles en el corazón para desgajárselo del pecho y tirarlo a los perros como una piltrafa. Teatro español con cargamento de pólvora en su estructura íntima, con belleza inflamable en sus fibras y con fogonazos cegadores en su estructura.

A mi entender, el teatro revolucionario—juventud, juventud y juventud—necesita el atuendo de la sencillez, de la síntesis y del culto del Arte por el Arte mismo. Si; eso: una bohemia inquieta, original y purificada vivida por aquéllos que no se saben inquietos, originales ni bohemios.

La dramática lucha que sostenemos refleja en las facultades emotivas del artista fenómenos distintos a los cánones de la profesión. Cuando no se es apto para recoger estos fenómenos no hay otro remedio que el de una retirada oportuna. La guerra demanda muchas actividades. No se acertará en un escenario y sí en una oficina. Los que se consideren impotentes para escribir una obra sin sujeción a moldes dados de asunto y técnica, muy bien puede obtener menciones honoríficas como excelentes contables. Y de cualquier manera, el problema está resuelto puesto que acaba de decretarse la movilización de los ciudadanos de dieciocho a cincuenta años que no tengan trabajo. Nadie es inútil en la hora de ahora. Todo consiste en decidirse. ¡Que pasen los encargados de crear un teatro libre, bello, constructor por demoledor y emocional por armónico! ¡Que pasen! Urge un teatro de prosa y de verso, no al modo del verso fatigante y como trabajado a formón, ni al de la prosa dialogal torturadora, que liga despropósitos y

vulgaridades sin par. El teatro libérrimo ha de serlo a base de sensaciones que, mudas, se oigan; que, murmuradas, canten; que, inmóviles, vuelen y que brotarán condensadas en una línea, en una sugerencia, en la airosa trayectoria de una estrella que corre de un sector a otro sin desprenderse del espacio.

Probablemente, y sin probablemente también, se me pudiera argüir que el Teatro, durante el desarrollo de las guerras civiles, ha sufrido intensos ataques de pasividad. Y es cierto. No obstante, consideremos que esta guerra a que se nos ha obligado no se parece a ninguna y que, en consecuencia, permitir el estancamiento teatral—el Teatro cuenta con posibilidades bastantes para constituirse en frente de batalla y contribuir a la victoria—sería como colaborar con el enemigo sirviéndole claudicaciones en bandeja de cobardías. La Escena, en sus manifestaciones revolucionarias de un Arte nuevo al servicio de nuestra ideología emancipadora, en nada se diferencia de un parapeto. No faltan los sacos terreros, las máquinas de combate, el material bélico necesario. Sería estúpido llevar allí a indiferentes o a torpes. Los elegidos tienen que garantizar una mirada de águila y una rápida evolución del pensamiento. De no ser así, sobrevendría el asalto al parapeto por el adversario y nuestra derrota definitiva. No importa que en anteriores guerras, y ésta lo es de invasión, el Teatro haya caído de bruces en el abismo de la inactividad. Lo pasado no nos preocupa. Vayamos hacia adelante, y hagamos votos por que si los encargados de regir un espectáculo acuden al apoyo de las asesorías, éstas den mejores pruebas de sentimiento que de ciencia infusa... y de la otra. Las tres premisas teatrales de Moratin huelen a marchitas. No queremos reglamentos, no queremos cánones, no queremos tratadistas, no queremos axiomas, no queremos pautas, no queremos la matemática del Teatro. Queremos emoción, anulación total de lo prescrito, caminos abiertos a la inquietud y al ansia de superaciones artísticas y, sobre todo, perseguimos que desaparezca ese sabor de humanidad que se ha enseñoreado del Teatro para brindarnos lo cotidiano abrumador en lugar de transportarnos a los planos superiores de la fantasía en su acepción más pulcra. No es la vida el tema a desarrollar en un escenario con sus interioridades domésticas y sus conversaciones rudimentarias. Es eso que escapa a cualquier explicación del horrible sentido estatutario; eso que, al margen del absurdo aquel de la exposición, el nudo y el desenlace, surge triunfador y enérgico frente a la ineptia de las plumas mercenarias. Todo en la Revolución es desenlace, con un principio y un fin que no se atiene a signos convencionales ni obedece a encuadramientos algebraicos. Es, en resumen, la creación por sí y ante sí, la tonadilla dulce del agua de la fuente que, cuando llega a nuestros oídos, lo hace transformada en arco iris.

Ahora o nunca.

¿Vamos a ello?

FELIX PAREDES

CORREO NUESTRO

A. Fernández. Madrid.—Los que editamos esta Revista no queremos fundir en uno solo los conceptos individualistas, comunistas y sindicalistas. Lo que deseamos es que se toleren. Y como no basta predicar tolerancia, sino vivirla, como ejemplo viviente de ella nos presentamos nosotros que, siendo individualistas anarquistas, llamamos a los anarcosindicalistas y a los comunistas libertarios a que ocupen en nuestra Revista el lugar que necesiten para exponer sus ideas. Y creo, compañero, que no sea mala esta tolerancia y esta leal prueba de amistad.

S. García. Cuenca.—En esta Revista no le negamos a nadie su anarquismo. Lo que hacemos es hablar del nuestro no aceptando ingerencias en Gobiernos de ninguna naturaleza. Gastón Leval, del que hablas en tu carta, tiene cierto temor a llamarse anarquista, buscando reivindicar de mil modos distintos la palabra socialista.

El sabrá por qué lo hace. Pero nosotros también sabemos por qué nos llamamos anarquistas.

D. Ripoll. Frente de Huesca.—¿Hablar de cosas presentes?... Mira: hace unos días, Oscar Blun, compañero al que aprecio por su clara inteligencia, decía hablando de la "Revolución del Teatro": "...Y no es, no, revolucionario traer al teatro las vestimentas nuevas, ni los nuevos decires, ni copiar el ambiente abigarrado y lleno de color con que nos

regala esta real revolución que estamos haciendo, pues eso es lo superficial, lo que no "revolucionaria", porque no llega a la entraña de los hombres. Teatro revolucionario es, al contrario, el que habla de hondos anhelos de transformación humana; el que vigoriza criterios de libertad; el que hace chocar las pasiones de la vida trayéndolas al escenario para que las "vean" los hombres y puedan sentir las; el que, del caos informe en que suele caer la especie, trae a los hombres, para proporcionarnos satisfacción y goce, un mensaje de alegría o de belleza." Lo que Blun quiere para el teatro, lo queremos nosotros para la vida. Nuestra Revista, esta Revista que tú recibes, es sobria, va vestida como una lugareña; pero va escrita con el corazón. Por eso lleva al papel "hondos anhelos de transformación humana." Y por eso es revolucionaria. Lo de ahora... Ya hablaremos algún día de lo de ahora, ya, querido soldadito de la Revolución.

L. Garriga. Cartagena.—El artículo "El clima social comfortable", publicado en el número II y firmado por Rodela, es del compañero Felipe Aláiz.

H. Catalá. Alcoy.—En toda acción conjunta, buena o mala, debe observarse al individuo, ya que siempre hay uno, posiblemente uno solo, a quien interesa determinada actitud de un pueblo, empezando la prédica en ese sentido para ir formando alrededor de lo que el uno

desea un cuerpo de doctrina que pregónaran cien mostrencos bien pagados embaucando a cien idiotas, los primeros siempre en abrazarse a toda "buena nueva". Cuando un pueblo aborregado habla de dictadura, es que hay uno que quiere ser el dictador, y unos cuantos, los mostrencos, que quieren medrar a su sombra. Descubrir a aquél, en primer lugar, es la labor revolucionaria; inutilizarlo debe ser el segundo acto de la comedia que puede convertirse en tragedia si se le permite sojuzgar a un pueblo.

F. Vilanova. Barcelona.—No es fácil que nos cansemos de explicar nuestra actitud y, menos todavía, que dejemos de esforzarnos en ser cada vez más claros, echando, como siempre, la culpa de la incomprensión, no a nuestros compañeros lectores, sino a nosotros mismos por no saber decir las cosas con esa claridad y sencillez que lleva el convencimiento o, por lo menos, la comprensión a todos los cerebros. La Revista

NOSOTROS no ha venido al mundo para polemizar, vale decir para reñir; ha llegado en estos momentos trágicos a decir serenamente la palabra mesurada y tranquila, recordando a los compañeros que se dicen anarquistas lo que es el anarquismo. Y nada más. Bien poca cosa y mucho. Poca cosa para los que, por saberlo todo, quisieron gustar lo prohibido; mucho para los que en esta Revista ven la llamita de ideal que alumbraba la ruta de la vida. Y eso es todo, compañero. Ni estridencias que hacen daño, ni desplantes que sólo conducen a la reyerta entre hermanos. Modestamente, calladamente, como topes, cavamos los cimientos de la sociedad. Y cuando, poceros llenos de barro, salimos a la superficie a ver y hablar a los hombres, queremos que nuestras manos puedan ser estrechadas por vosotros. ¿Hacer más grande la tragedia, nuestra tragedia, arafiándonos? Eso, no. ¡Nunca!... ¡He visto llorar a hermanos!...

I.

ADMINISTRATIVAS

Giros recibidos del 19 noviembre al 20 de diciembre.

Ballesteros — ARJONA, 150; López Renobell—P. ESCANDON, 20; Vidal—FUENDETODOS, 14'65; Lara—CAZADILLA, 7; A. Popular—BLANES, 15; J. J. Libertarias—VANDELLOS, 5; Juventudes Libertarias—BENICARLO, 20; García—PUERTOLLANO, 20; Puyol—ALICANTE, 96; Casanova—JATIVA, 14; Arlandis—CULLERA, 15; Díaz—CAUDET, 11'50; Huerta—INIESTA, 14; J. Alverola—CAMPELLO, 12; R. Pérez—COLOMERA, 83'30; Cejudo—Frente GRANADA, 10; C. D. ESPAÑOL—

ORAN, 100; Iserte—CORBALAN, 12; J. J. Libertarias—MURCIA, 21; Esteve—CAMPELLO, 12; Picó—ELDA, 140; Berche—P. de EBRO, 15; Basildo—MANZANARES, 21; L. Batillosera—FIGUERAS, 25; Giménez — REQUENA, 6'50; J. J. Libertarias—BAZA, 81'50; Martín—ALCAZAR, 7; J. J. Libertarias—BENIMANTELL, 6; Sánchez — MADRID, 12; Piñero—F. del Raspeig, 10'50; J. J. Libertarias—LA RODA, 7; Silvestres—ALCOY, 28; Andreu—ARJONA, 6; Andreu, 89 Brigada—ARJONA, 150; Llinares—ONTENIENTE, 20; Belmonte—ALBACETE, 27; Quiles—YECLA, 6; Talavera—UBEDA, 52'50.

EDITORIAL AFINIDAD

HA PUESTO A LA VENTA LA
PRECIOSA NOVELA INFANTIL

LA PRIMERA ESCAPADA

de nuestro compañero GONZALO VIDAL.

240 páginas llenas de sugestivas y
candorosas escenas que nos llenan
de emoción.

PRECIO: 5 pesetas

PEDIDOS

a

EDITORIAL **NOSOTROS**

EDITORIAL AFINIDAD

Ayuntamiento de Madrid



UNA PESETA

Ayuntamiento de Madrid